

Varia

UN IMPORTANTE HALLAZGO DEL BRONCE EN PORTUGAL.

Fué durante la pasada guerra mundial que, en una localidad aún no bien determinada del "alto concelho" de Arganil, en Portugal, hacia la parte montañosa de Moura da Serra, apareció el importante hallazgo del Bronce Atlántico, de que vamos a dar noticia y del que tan sólo hace poco tuvimos conocimiento por indicación del ilustre sacerdote y artista, reverendo Padre A. Nunes Pereira, a quien en estas páginas queremos dejar bien consignada nuestra gratitud por sus constantes y seguros informes sobre la riqueza arqueológica local.

Caído en manos de chatarrero, no identificado todavía, que a su vez, a lo que consta, lo habría vendido aisladamente a distintas personas interesadas en la obtención y aprovechamiento de su respectiva aleación metálica, el presente hallazgo acabó por quedar reducido a las piezas vendidas en Avô, en número de tres (Fig. 1), al Sr. Diamantino da Fonseca.

Fijándose, en efecto, en su antigüedad, y acordándose luego de en libros haber visto alguna vez reproducidos objetos similares, lo cierto es que el Sr. Diamantino da Fonseca, no obstante la intención inicial con que había también adquirido dichas piezas, o sea, la utilización de su metal, por aquel entonces muy escaso en el mercado, inteligente y afortunadamente se decidió a no tocarlas, presentando así un notabilísimo servicio a la ciencia arqueológica.

Ultimamente destinadas por su benemérito poseedor y actual propietario, al pequeño museo regional, en organización en la localidad donde reside, en Avô, "concelho" de Oliveira do Hospital, son las siguientes las piezas conservadas:

1.º Un hacha de talón de dos asas (Figs. 2 A y 3), con 868 gr. de peso y 20,1 cm. de largo ¹, hacha que dentro del cuadro tipológico establecido por el Dr. L. Monteagudo ² se aproxima algo al subtipo norteño, esencialmente

(1) Medidas complementarias: largo de la hoja: 10,6 cm.; estrechez máxima de la hoja: 3,2 cm.; grueso máximo de la hoja: 2,4 cm.; largo

del talón: 9 cm.; ancho del talón, por la parte interior de los rebordes: 2,5 cm.

(2) "Hachas de talón", Barcelos, 1951, p. 10.

caracterizado por, además de poseer un talón de superficie plana y un tope recto situado al centro de las asas, presentar tres nervios en la superficie de la hoja, de sección subrectangular ésta y de filo corto, casi recto. Ancha (3'5 de índice) y gruesa (1.5 de índice) relativamente, lo que parece alejarla un tanto o cuanto del correspondiente subtipo, en el que suelen predominar los índices

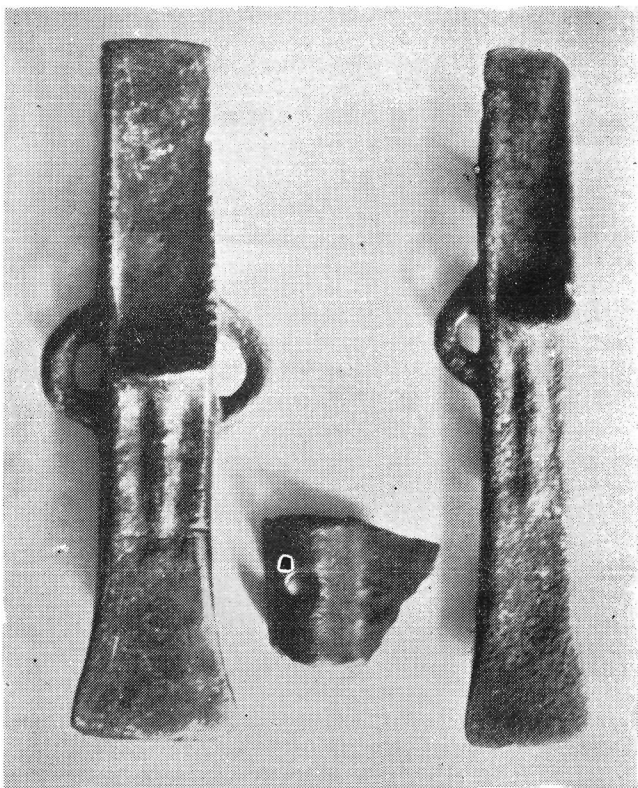


Fig. 1. — Bronces del depósito del "alto" concelho de Arganil (Portugal).

medios (4-5'5 para el ancho, 5-6'5 para el grueso), nuestro ejemplar constituye, por otro lado, una réplica exacta del de Lageosa da Raia, en Sabugal, estudiado y publicado por J. Sellés Paes de Villas-Boas ³, ambos nos ofrecen la particularidad, en la que volveremos a insistir, de ostentar en cada cara "dos hondos surcos, los cuales, naciendo en la parte inferior del talón, se pierden en el cuerpo del hacha", surcos o estrías que nos dan la impresión de poseer el hacha tres nervios (p. 40).

(3) "Hallazgos del Bronce Atlántico en Portugal" (*Actas y memorias de la Soc. Esp. de Antropolo-*

gía, Etnografía y Prehistoria, XXIII, 1948, páginas 36-43, lám. II, núm. IV).

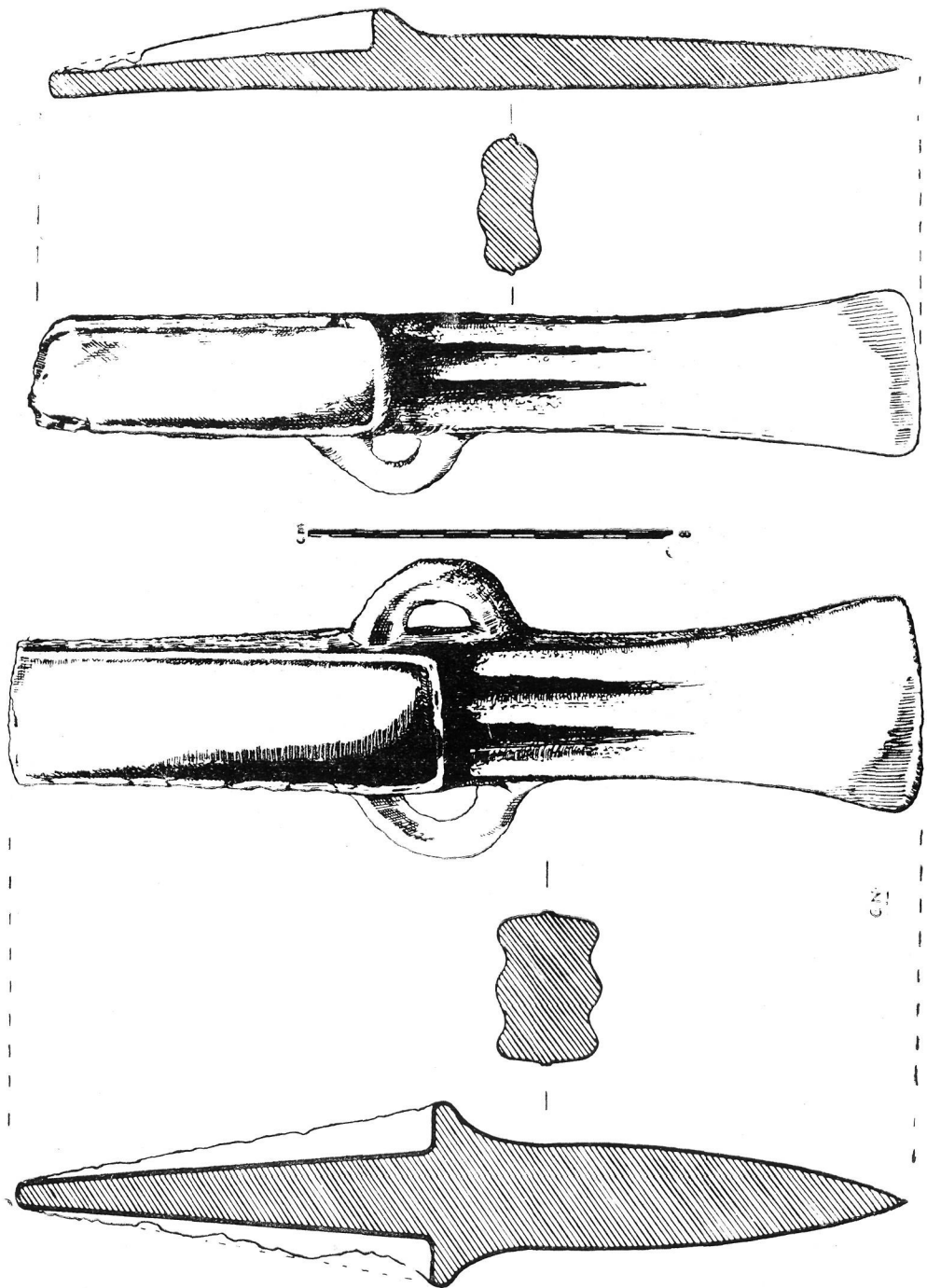


Fig. 2. — Las hachas del hallazgo del "alto concelho", de Arganil. A 1/2.

2.º Un hacha de talón de una sola cara (Figs. 2 B y 4), es decir, hacha de talón por la cara anterior y plana o lisa por la posterior (el "single-faced palstave" de los arqueólogos ingleses), subtipo que, por el predominio de sus hallazgos en la Extremadura portuguesa el Dr. L. Monteagudo, *art. cit.*, p. 10, denomina de extremeño ⁴. Pesando 389 gr. y midiendo en su totalidad 20'1 centímetros de largo ⁵, el presente ejemplar, cuyo índice del ancho es 4,5 y del grueso 8'5, no carece de ninguna de las particularidades, fundamentales o no, que individualizan o definen a su respectivo subtipo: hoja de lados sensiblemente curvos, sección subrectangular y filo corto, casi recto; una sola asa, con el tope recto, al centro; talón de superficie plana. En cuanto a los nervios, cabría decir lo que del hacha anterior.

Hace una media docena de años, inventariadas en España y Portugal por H. N. Savory ⁶ y E. Mac White, *ob. cit.*, p. 68, un total de quince piezas entre enteras y fragmentadas, si bien contamos, a las que habría que añadir algunas más posteriormente aparecidas, entre ellas la nuestra, las hachas de talón de una sola cara no están representadas, fuera de dichos países, más que por el ejemplar del hallazgo de Monte Sa Idda, en Cerdeña, reproducido por E. Mac White, *ob. cit.*, lám. XVI 2, y por los del Norte de Irlanda, en número de dos estudiados y reproducidos por L. F. Chitty ⁷, motivo por lo cual suelen tomarse como "variante del hacha de talón... típica de la Península" ⁸, para no decir originaria. En una fase del Bronce caracterizado por un rumbo evidéntísimo de relaciones atlánticas de Norte a Sur, tal extremo supondría al mismo tiempo, claro está, como natural consecuencia de la difusión de tipos hispánicos hacia los países nórdicos, una recíproca influencia meridional. ¿Será razonable, sin embargo, seguir imponiéndose un tal criterio después de que un mismo hallazgo nos la presenta asociada a una pieza como la que vamos a describir y acerca de la cual su procedencia nórdica es indiscutible?

3.º Una hoz de cubo ("socketed sickle") fragmentada (Figs. 5 y 6), de sección transversal circular y cubo cilíndrico, con ligerísima tendencia para troncocónico, pesando en el estado actual en que se encuentra 57 gr. midiendo 4,3 centímetros de altura ⁹ en el punto de arranque de la hoja.

(4) No vemos la razón por qué el Doctor E. MAC WHITE, "Estudios sobre las relaciones atlánticas de la Península Hispánica en la Edad del Bronce", Madrid, 1951, después de hacer el recuento (p. 68) de las hachas de este subtipo en la Península, indicando en mapa (p. 69, fig. 17) la localización de los hallazgos, afirma en el capítulo de las conclusiones tratarse de un "tipo restringido sobre todo a la región de Beira, de Portugal" (p. 126), cuando la verdad es que, de los trece ejemplares que por su parte menciona, tan sólo dos proceden de tierras *beiroas*: Mondim da Beira y Sabugal.

(5) Medidas complementarias: largo de la hoja 12 cm.; estrechez máxima de la hoja: 2,7 cm.; grueso máximo de la hoja: 1,4 cm.; largo del talón: 7,3 cm.; ancho del talón, por la parte interior de los rebordes: 2 cm.

(6) "A Idade de Bronze no Sudoeste da Euro-

pa" (*Revista de Guimarães*, LXI, 1951, pp. 323-377), p. 366.

(7) "Single-faced Palstaves in Portugal and in Ireland" (*Proceedings of the Prehistoric Society* II, 1936, pp. 236-238), p. 237, núms. 2 y 3.

(8) E. MAC WHITE, *ob. cit.*, p. 68. Cf. L. F. CHITTY, *art. cit.*, p. 236 ("...bronze palstaves that seem represent a distinct Portuguese type") y H. N. SAVORY, *art. cit.*, p. 337 ("No decorrer do tempo surgiu, mais tarde, entre o Minho e o Tejo, uma industria inteiramente localizada, criadora de tipos especiais, com os machados de alvado com dupla aselha e os de talao com uma face plana").

(9) Medidas complementarias: grueso máximo de la hoja: 0,45 cm.; grueso medio de las paredes del cubo: 0,2 cm.; diámetro exterior de la base del cubo: 2,5 cm.; diámetro interior: 2,1 cm.; diámetro exterior de la parte opuesta a la base del cubo: 2,35 cm.; diámetro interior: 1,95 cm.

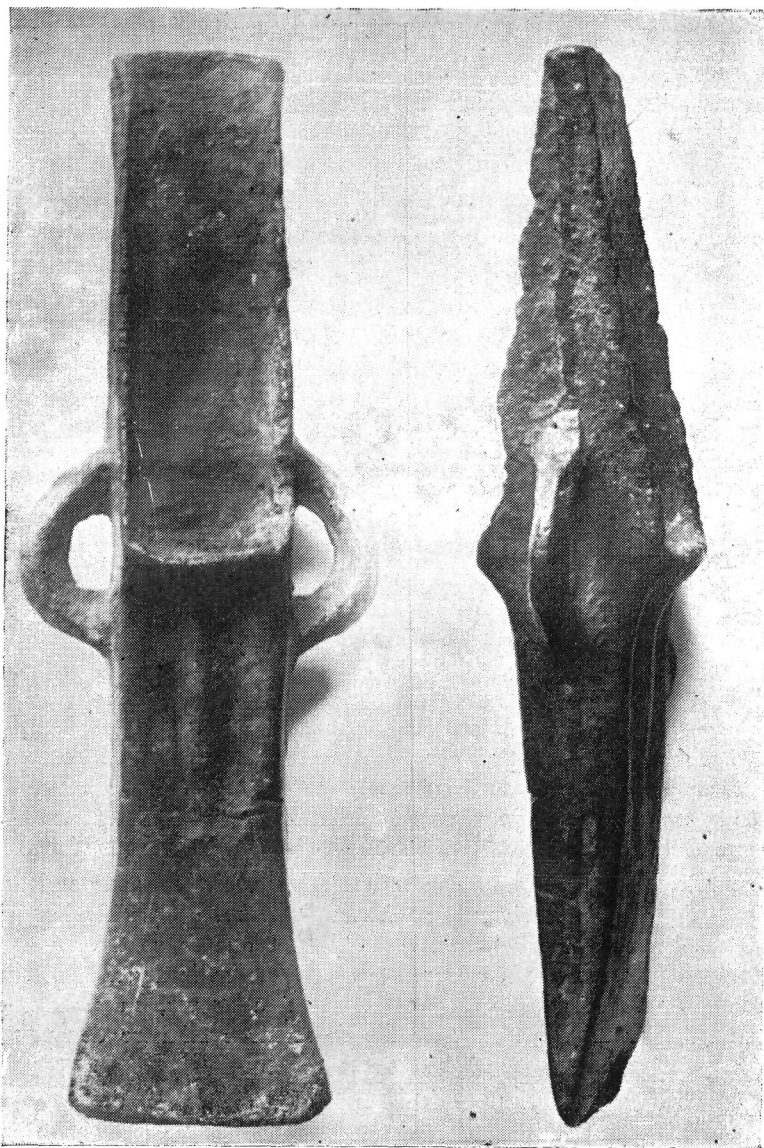


Fig. 3. — Hacha de talón del "alto concelho" de Arganil. A 2/3.

Repasando el trabajo monográfico de Sir Cyrill Fox ¹⁰, acerca de las hoces de cubo de las Islas Británicas, vemos que el ejemplar del "concelho" de Arganil se ajusta exactamente al subtipo constitutivo de la segunda clase de su grupo tipológico I ("Sickles socketed laterally"), grupo que, según el ilustre arqueólogo inglés, *art. cit.*, p. 227, tendría su origen "not later than the close of the second millennium B. C.", en un ambiente por lo tanto de transición del Middle Bronze Age B al Late Bronze Age A, sincrónico en la Península con las últimas etapas del Bronce III Hispánico -I Atlántico, de la terminología hoy día más en boga, o con la plenitud del Bronce Final, del Prof. J. Maluquer de Motes ¹¹. Su parecido es sobre todo extraordinario con el ejemplar del National Museum, de Dublín, reproducido por C. Fox, *art. cit.*, p. 229 (Fig. 2,49), cuya procedencia exacta se desconoce, pero irlandesa. Exclusiva de Irlanda, donde se encuentra representado por seis ejemplares, el subtipo en cuestión parece en realidad constituir, según las conclusiones de C. Fox, *art. cit.*, p. 241, una interpretación local de un modelo arquetípico británico "initiated in the Middle Bronze Age in Lowlands" y del que subsisten o, por lo menos, hay noticia de tres ejemplares: el de Downhan Fen, en Norfolk, y los de Tilehurt y Windsor (proximidades), en la región de Berkshire.

En cuanto al ejemplar del "alto concelho" de Arganil, trátase de una pieza única en la Península, por cuanto ni la hoz atribuida por A. Steensberg ¹² a la provincia de Alentejo, en Portugal, ni la que E. Mac White, *ob. cit.*, p. 80, dice haber visto en los fondos reservados del Museo Etnológico de Belém, en Lisboa, citándola de memoria visual, son del mismo género; a la primera le faltan los agujeros para los clavos o remaches, particularidad desconocida de las sesenta y tres hoces de cubo inventariadas por C. Fox, *art. cit.*, pp. 242-7, en las Islas Británicas ¹³; la segunda, a ser asegura la identificación de E. Mac White, se encuadraría en el subtipo integrado por el ejemplar único de Strettham Fem, en Cambridgeshire, subtipo geográficamente adscrito por C. Fox, *art. cit.*, p. 240, a Gran Bretaña y desde luego tipológicamente distinto del integrado por las seis "ring socket sickles" peculiares de Irlanda e idénticas a nuestro ejemplar del hallazgo de Arganil.

Tal como las de Irlanda, también la hoz del escondrijo de Arganil presenta en la parte posterior de la superficie externa del cubo, en sentido longitudinal, una característica sutura o rebaba de fundición, que se continúa por ambos bordes de la hoja, como puede claramente apreciarse en la figura 5. Ligeramente nervada hacia la mitad superior, ostenta ésta, a su vez, en el borde de la base y tan sólo por un lado, un corto filo de medio centímetro de ancho, rela-

(10) "The Socketed Bronze Sickles of the British Isles; with special reference to an unpublished specimen from Norwich" (*Proceeding of the Pre-historic Society* V, 1939, pp. 222-248).

(11) "Concepto y periodización de la Edad del Bronce peninsular" (*Ampurias* XI, 1949, pp. 191-195), p. 195.

(12) *Ancient Harvesting Implements*, Copenhagen, 1943, pp. 161-162.

(13) Decimos desconocidas porque es muy dudoso el caso del ejemplar, fragmentado en la base del cubo, de Edengerach Premnay, en Aberdeen, incluido por C. Fox, *art. cit.*, p. 236, en la octava fase de su eskuña y muy de fines, pues, del Late Bronze Age B.

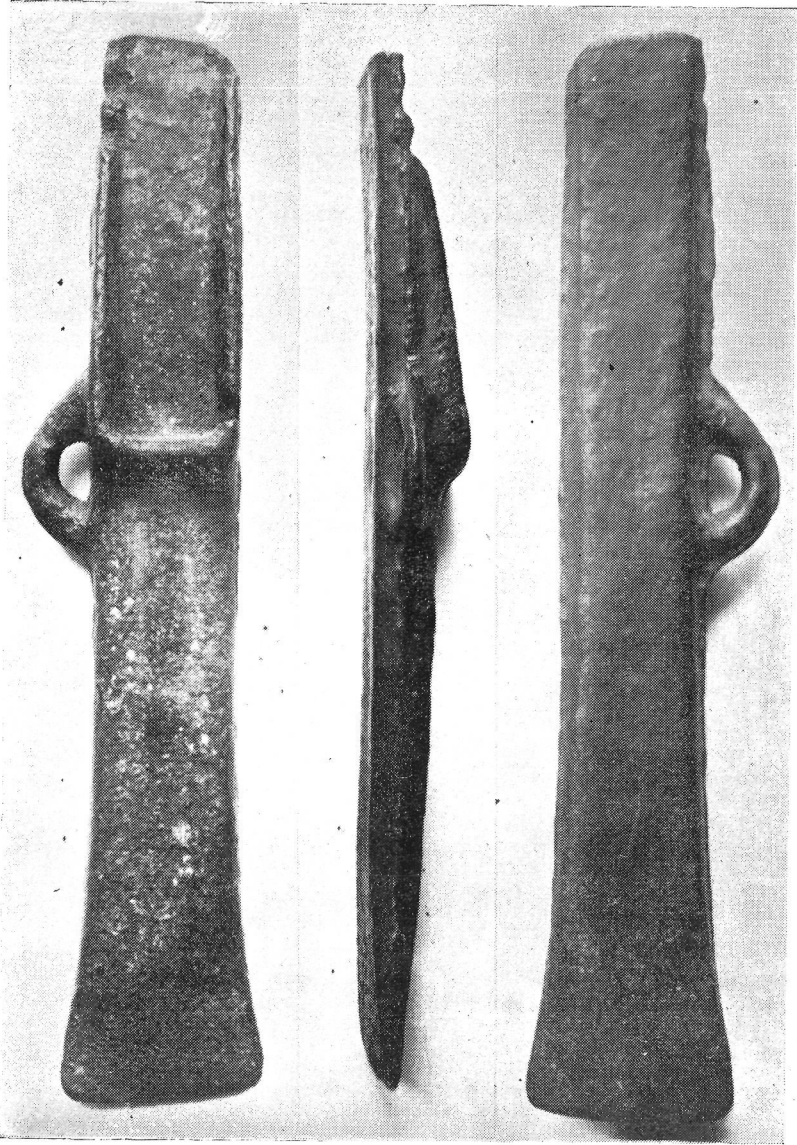


Fig. 4. — Hacha de talón con una cara plana, del "alto concelho" de Arganil. A 2/3.

tivamente acerado y con pátina idéntica a la de su restante superficie, de la que en verdad el filo apenas se distingue.

Oriundo de Irlanda, donde este subtipo local de hoz británica es datada por C. Fox, art. cit., p. 236, inmediatamente después de iniciado el primer milenio antes de Cristo, nuestro ejemplar ajústase, pues, a una etapa cronológica de comienzos del Late Bronze Age A, fase 4 de V. G. Childe ¹⁴ período que de un modo general, según los criterios actuales, tendría precisamente su inicio en la comunidad de las Islas Británicas, por el año 1000, a. C. ¹⁵.

Admitiendo, como bastante probable, su importación en época no muy distanciada de tal fecha, dada en particular la circunstancia de su asociación con piezas a las que suele atribuírse más o menos idéntica cronología, el objeto en cuestión nos viene así claramente a perfilar el confuso horizonte arqueológico de las últimas manifestaciones del vulgarmente llamado Bronce Hispánico III (1200-900, a. C.) y primeras del IV (900-600, a. C.), o sea, en el momento culminante del Bronce Final peninsular.

* * *

Al tratar de las hachas de talón de una sola cara en la Península, afirma E. Mac White, *ob. cit.*, p. 70, que en cuanto a su cronología el subtipo "pertenece a las últimas etapas del Bronce III, perviviendo en el IV". En este concepto es desde luego particularmente sugestiva, por ejemplo, su asociación en el hallazgo de la Serra de Monte Junto, en Portugal, con una hacha de cubo, de doble anillo y sección cuadrangular, de inspiración bretona, género de hacha cuyo apogeo de propagación se viene fechando en torno al 900, a. C. Pero si dicho agrupamiento se nos presenta, en efecto, altamente sugestivo, no lo es menos el que nos proporciona el presente hallazgo: por vez primera el "single-faced palstave", que de resto es absolutamente idéntico al del hallazgo anterior, nos surge ahora asociado a una pieza, la hoz de cubo irlandesa, que por sí sola y sin lugar a dudas, se integra en la indicada etapa cronológica. La sugerencia se convierte aquí en evidencia, una evidencia según la cual hachas de talón con una cara plana, hachas y hoces de cubo, éstas en sus primeras fases, constituirían, mezcladas con ejemplares desarrollados de hachas de talón, el complejo arqueológico de las postrimerías del Bronce Hispánico III o I Atlántico. Razón tenía E. Mac White, *ob. cit.*, p. 70, al admitir la posibilidad teórica de una subdivisión en el Bronce III, a saber: "Bronce III a, con hachas de talón, y III b, con hachas de cubo y hachas de talón", subdivisión que el escondrijo de Arganil permite ahora completar y precisar, estableciendo para el Bronce III b un horizonte cronológico más limpio y un complejo arqueológico más rico.

(14) "Prehistoric Communities of the British Isles", London, 1947, p. 174: "...the earliest sickles (o sea, el subtipo de Downham Fen) appear at the beginning of phase 4".

(15) Cf. W. F. GRIMES, "The Prehistory of Wales", Cardiff, 1951, p. 57.

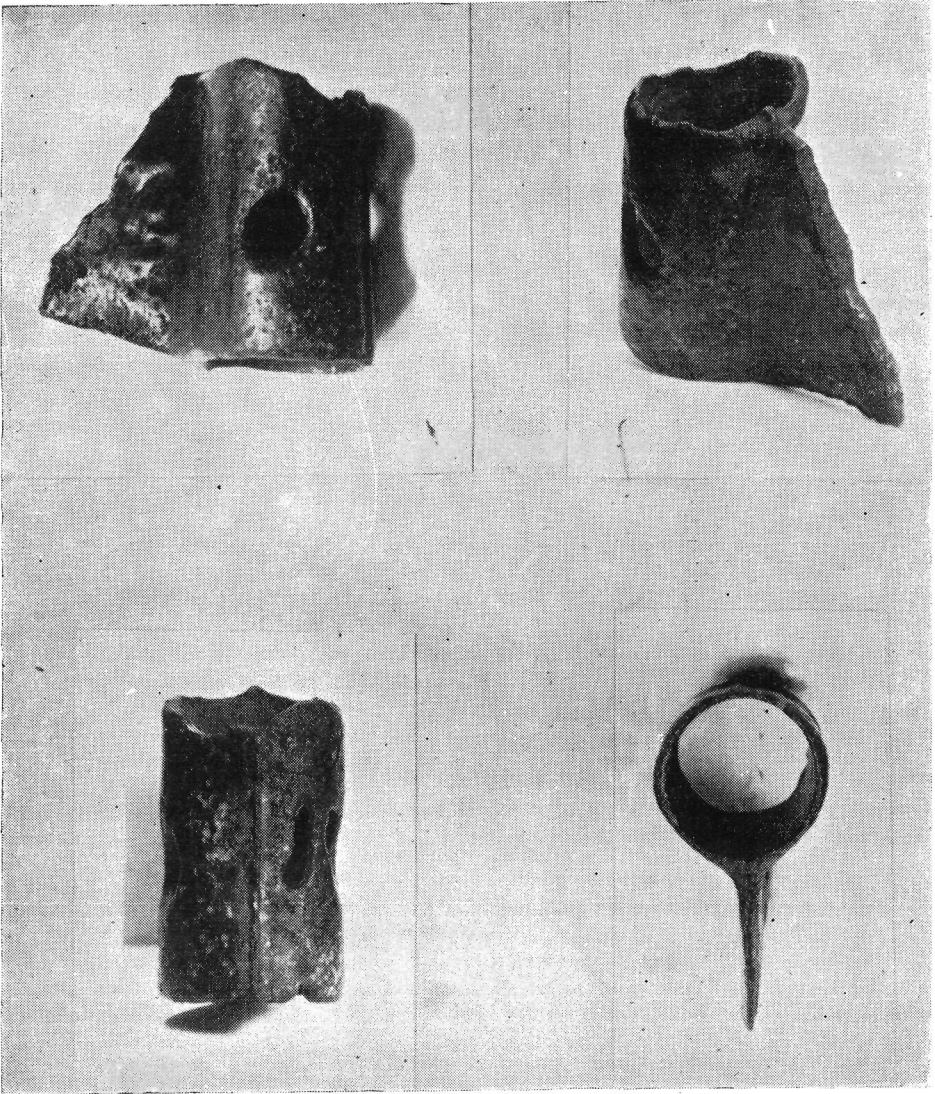


Fig. 5. — Hoz de cubo del “alto concelho” de Arganil en distintas posiciones. Tam. nat.

Pero, al margen de las hachas de cubo, de las hachas de talón con una cara plana y de las hoces de cubo de subtipo irlandés, ¿qué especie de hachas de talón habría entonces que encuadrar en este complejo? Recordemos que al describir el hacha de talón de Lageosa da Raia, en Sabugal. "concelho", que por casualidad dió también un "single faced palstave", notaba J. Sellés Paes de Villas-Boas, *art. cit.*, p. 40, con mucho acierto, desde luego, que por la manera como estaba nervada la pieza ésta le daba la impresión de encontrarse "en presencia de un tipo desarrollado". Pues esa misma impresión es la que exactamente nos provoca la pieza del hallazgo de Arganil, si sobre todo nos fijamos en la semejanza que en tal particular ella ofrece con su compañera, de una sola cara, en efecto, ambas presentando, a patir del tope, dos estrías rehundidas en la superficie de la hoja, estrías que lentamente se van desvaneciendo, hasta perderse del todo en el cuerpo de la misma ¹⁶. Además de ser muy notorio el aspecto de contemporaneidad que poseen, es tipológicamente el aire de familia que tienen estas dos hachas del conjunto procedente de Arganil. La solución encontrada para nervar dichas piezas mediante estrías que, sin quitarles belleza y resistencia, las restan peso, es también técnicamente la misma. Casi diríamos que han salido del mismo centro metalúrgico. Lástima que no se haya podido comprobar la naturaleza de sus respectivas aleaciones metálicas. Lo curioso es que precisamente el caso se vuelve a repetir en el hallazgo de Monte Sa Idda, en Cerdeña, con un hacha de talón asociada a otra, de una sola cara, y ambas de hoja doblemente rehundida, al igual que las del escondrijo de Arganil. La coincidencia es sintomática, una coincidencia que podrá ir cobrando significación a medida que se multipliquen los ejemplos. Queda el filón al descubierto.

Resumiendo y concretándonos, en especial a las hachas de talón con una de las caras plana, lo que por de pronto queremos hacer resaltar es que todas tienen realmente un cierto parecido, que si no presuponen un único modelo, apuntan en conjunto a una misma inspiración, cuyo foco originario no habrá desde luego que buscar en el actual territorio portugués: la íntima afinidad del hacha de Arganil con la supuesta de Antrim o Cavan, en el Norte de Irlanda, habla por sí misma. No hay duda que bajo tal aspecto la hoz de cubo, de nítida importación irlandesa, que acompañaba a la primera, adquiere gran fuerza probativa, constituyendo de todos modos un excelente punto de referencia.

Motivada por un conocimiento reducido o por una interpretación demasiado literal de su actual distribución geográfica, la teoría que pretende hacer del hacha de talón de una sola cara "a district Portuguese type" ¹⁷, no pasa, pues, de ser un espejismo. Una hipótesis nórdica, que nos la presenta siguiendo la ruta atlántica, que igualmente trajo hasta nosotros las hoces irlandesas y las hachas de cubo bretón, o en él inspiradas, será más lógica, más de acuerdo con los hechos: la misma ruta, al fin y al cabo, que llevó hasta Cerdeña, en el

(16) Tipológicamente no hay que confundir este subtipo de hachas de talón con el pontevedres,

que tiene la hoja más esbelta y las estrías más profundas y alargadas.

(17) L. F. CHERRY, *art. cit.*, p. 236.

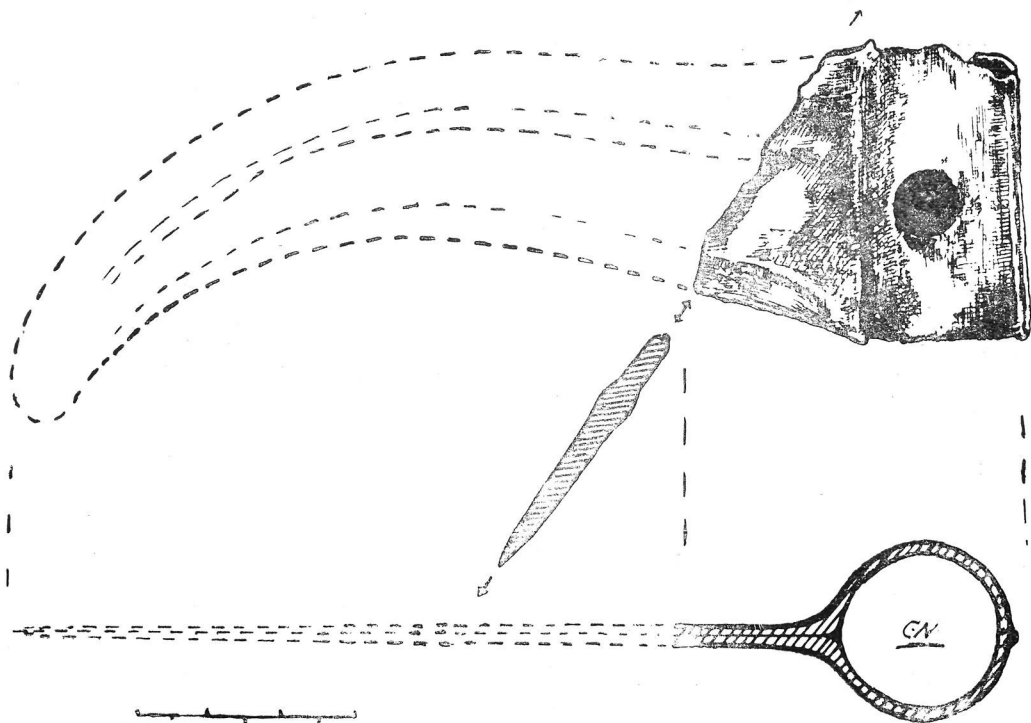


Fig. 6. — Hoz de cubo de Arganil, reconstituída según el ejemplar 49 del inventario de Sir Cyrill Fox.

Mediterráneo, adonde además también llegaron las hoces británicas de cubo ¹⁸, el “single-faced palstave” del escondrijo de Sa Idda. Como señalando marcos miliarios de tal ruta han aparecido últimamente, según nos consta, nuevos ejemplares en el Norte de España. A ser así, tendríamos planteada la solución del problema.—J. DE CASTRO NUNES.

(18) Cf. V. G. CHILDE, “The Bronze Age”, Cambridge, 1930, pp. 102 y 227.

*CASCOS INEDITOS, ITALICOS, GRIEGOS Y ROMANOS,
EN EL MUSEO ARQUEOLOGICO NACIONAL*

El Museo Arqueológico Nacional posee una buena colección de cascos sin estudiar, a los que no alude Mérida en su trabajo sobre el casco ¹. Thouvenot ² escribe, al hablar de los bronce de este Museo, que hay tres cascos, de forma hemisférica, con paragnáthides y con una figura de carnero sobre ellos. No señala lugar de procedencia. Sin duda Thouvenot se refiere a los tres cascos griegos que aquí se estudian por vez primera. No pone bibliografía; como siempre al hablar de otros objetos la añade, se deduce que hasta él nadie se ocupó de estas piezas. Señala a continuación otro casco, del cual dice que carece de paragnáthides, debe referirse al casco itálico. Thouvenot cita un quinto casco; el romano procedente de Atenas. En el reciente catálogo del Museo Arqueológico Nacional ³, al describir el Patio Romano, vitrina 1, donde en la actualidad se exhiben, se lee simplemente que hay cascos. A Fernández de Avilés ha tenido la amabilidad de interesarse por la procedencia de estos cascos; según los datos que me ha comunicado, proceden dos de los cascos griegos de la colección del Marqués de Salamanca, y el itálico, de la Biblioteca Nacional, y son seguramente todos ellos, salvo el romano, de procedencia itálica. Este último, en el inventario del Museo, figura como traído de Atenas, con motivo del viaje de Rada a Oriente. Es donación de Serpieri.

Queremos aprovechar esta oportunidad para atestiguar las facilidades obtenidas para este estudio en el Museo Arqueológico Nacional, tanto por parte del director, doctor don Joaquín M.^a Navascués, como por el restante personal del Museo, en particular el doctor don Augusto Fernández de Avilés, colaboración que agradecemos sinceramente.

I.—CASCO ITALICO. (Fig. 1.) Bronce de color oscuro.

Altura, 17 cm. Altura del borde cóncavo, 3 cm. Falta un trocito de la parte inferior, del cual parten tres fisuras, dos de ellas hacia arriba, una de las cuales se remonta hasta más de la mitad del casco y una tercera en sentido longitudinal. El borde, cóncavo, no ciñe todo el casco, sólo llega hasta la mitad y presenta en un extremo dos agujeros. No creemos que la finalidad de estos agujeros fuera la de sujetar la visera, pues este tipo de casco no la lleva nunca. No presenta ninguna abolladura y es de forma picuda. Procede de la antigua colección de la Biblioteca Nacional. Su único adorno son tres pares de líneas. Es un casco típicamente itálico y de él se pueden presentar paralelos exactos. Tan sólo citaremos un casco de British Museum ⁴, hallado en el campo de batalla de Cannas, lo que permite conocer la fecha aproximada en que se usaban cascos de este tipo. En los relieves de Melos, estudiados por Jacobsthal,

(1) R. MELIDA, "Historia del casco". Madrid, 1887.

(2) R. THOUVENOT, "Catalogue des figurines et objets de bronze du Musée Archéologique de Madrid". París, 1927, 110 n. 566.

(3) J. M. NAVASCUÉS, "Museo Arqueológico Nacional". Madrid, 1954, 51.

(4) H. MAC CLEES, "The daily Life of the Greeks and Romans". Nueva York, 1941, figura 103, 85.



Fig. 1 B.—Casco itálico, de lado. (M. A. N. cl. n.º 7359).

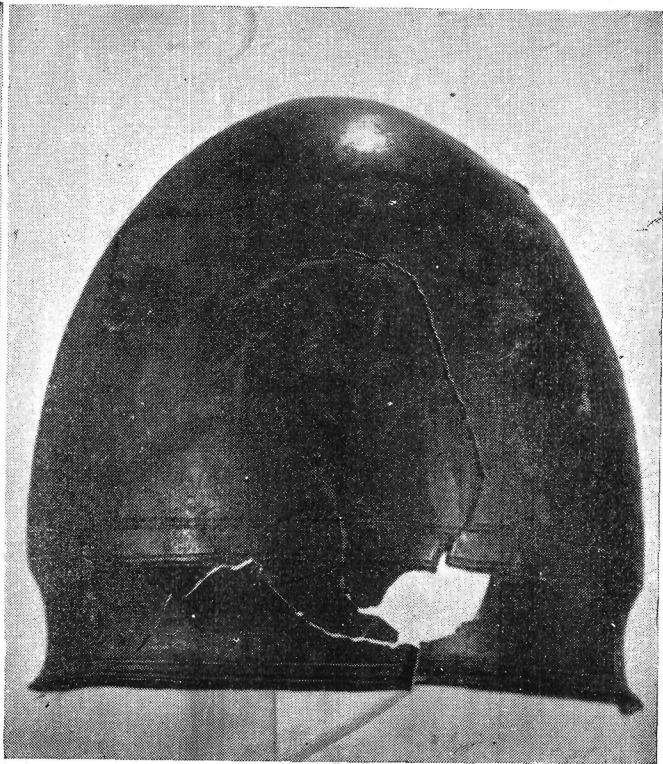


Fig. 1 A.—Casco itálico. (M. A. N. cl. n.º 7358).



Fig. 2 A.—Casco griego visto de perfil. (M. A. N. cl. n.º 7361).

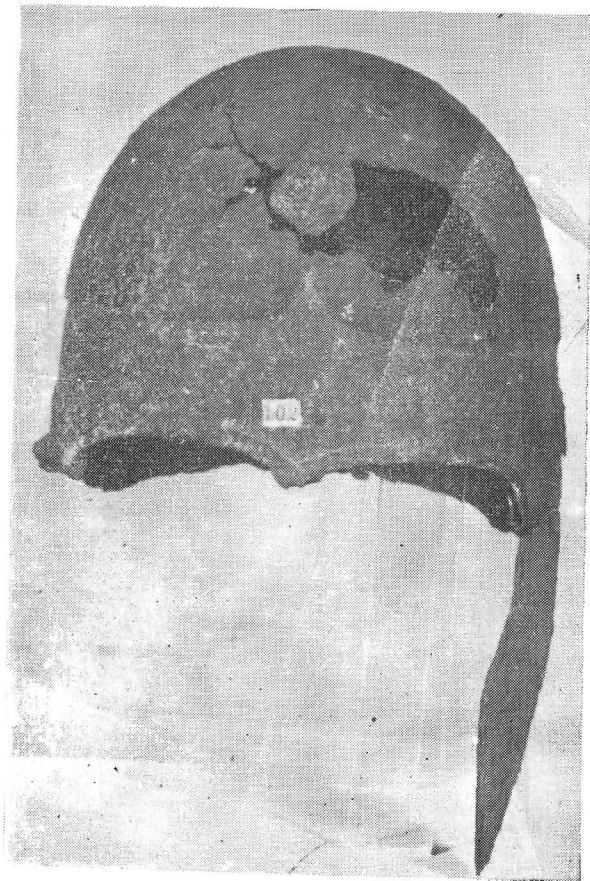


Fig. 2 B.—Vista de frente del casco anterior. (M. A. N. cl. n.º 7360).

aparecen frecuentemente personajes con la cabeza cubierta por cascos idénticos ⁵. Estos relieves indican que en los siglos IV, V y VI a. C., ya se utilizaban cascos semejantes. Esta fecha, siglos VI a IV, a. C., está confirmada por otro casco idéntico hallado en una tumba de Vulci, que por la cerámica encontrada en ella —ática del 520, a. C.— es de finales del siglo VI, a. C. Este casco se exhibe en el Museo Villa Iulia, de Roma. (Dato de Monteagudo.) En un fragmento de estela hallado en Camarina, colonia de Siracusa, un guerrero lleva un casco idéntico al del Museo Arqueológico. El relieve se fecha entre 460 y 450, a. C. En vasos de Paestum se encuentran también representaciones de personajes tocados con cascos de este tipo ⁷. Finalmente se puede citar otro paralelo: uno de los bronceos griegos hallados en Cádiz, publicado por A. García y Bellido y fechado hacia la segunda mitad del s. V, a. C. ⁸, lleva un casco exacto al del Museo Arqueológico Nacional. Muy parecido también, salvo que lleva un botón por remate en lo alto, es el casco hallado en Albacete, 8a. La fecha del casco de este Museo oscila, pues, entre finales del s. VI y el s. III, a. C. ⁹.

(5) P. JACOBSTHAL, "Die Melischen Reliefs", Berlín, 1931. láms. I. 11 s.; LI, 9 s.; LIII; LV, 71 ss.; LXII, n. 106.

(6) J. BAJET - F. VILLARD - H. HERZFELDER. "Sicile Grecque". París, 1955, lám. LI, 293.

(7) A. D. TRENDALL, "Paestan Pottery", Londres, 1935, láms. XVI, b. XXIV, b.

(8) A. GARCÍA Y BELLIDO, "Hispania Graeca", Barcelona, 1948, lám. XLVI, 114 s. Los Bronces griegos de Beniparrachet (Menorca). (A. GARCÍA Y BELLIDO, *op. cit.*, lám. XLVII, 115 ss.) y Son Carrio (Mallorca). (A. GARCÍA Y BELLIDO, *op. cit.*, lám. LII, 122 s.), llevan cascos gemelos de los estudiados por Reinaecke. El museo de Berlín posee una magnífica colección de cascos; no son idénticos a los de Madrid. (B. SHRÖDER en *AA*, 1905, 15 ss.).

(8 a) J. S. JIMÉNEZ, "Memoria de los trabajos realizados por la Comisaría provincial de Excavaciones Arqueológicas de Albacete en 1941". Madrid, 1943, láms. IX-XI, 21. Un casco semejante a éste, salvo en el borde, es el hallado en Mallorca, éste es de la Tène II. J. MARTÍNEZ SANTALOLALLA, "Esquema Paleontológico de la Península Hispánica". Madrid, 1946, lám. LXIII, 153. En la Real Academia de la Historia se conserva un casco parecido. Otros cascos celtas aparecidos en la Península en H. SANDARS. "The Weapons of the Iberians". Oxford, 1913, fig. 48; L. STRET, "Villarios y Herrerías", *M.R.A.H.*, 1908, lám. VI, n.º 42; M. ALMAGRO, "Las Necrópolis de Ampurias" I. Barcelona, 1953, 280, 300. El casco hallado recientemente por Fernández Chicarro en Jaén, es itálico, como escribió ya su descubridora. ("Prospección arqueológica en los términos de Hinojares y la Guardia (Jaén)" en *Bol. Inst. Est. Gien.* II, 1955, 94, 97); otros paralelos, no siempre con botón y paragnáthides, en A. TRENDALL, "Vassi antichichi dipinti del Vaticano", Ciudad del Vaticano, 1953, láms XIII, b; XXVIII, a; XXXII, b, d.

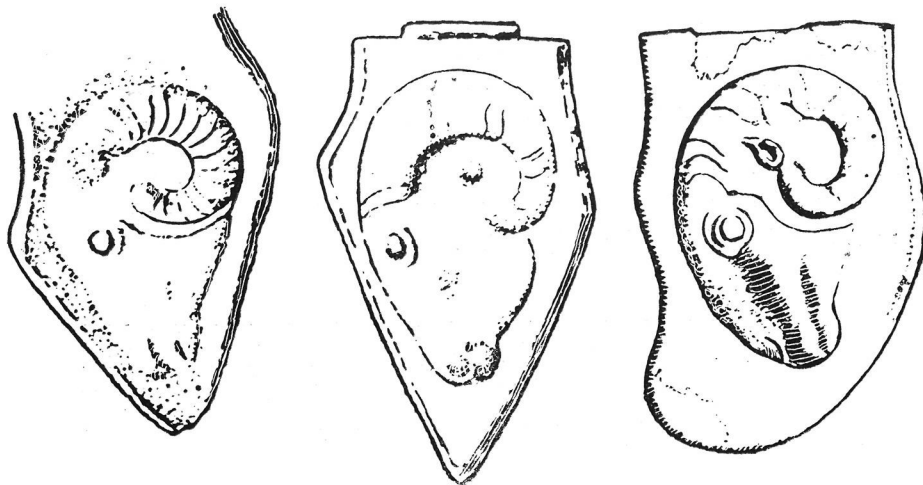
IDEM, *op. cit.*, fig. 41 d; láms. XI, b; XV. A. FURUMARK, "Athenian Lekythoi". Nueva York, 1914, láms III, 1; XI, 2; F. GERKE, "Griechische Plastik", Zurich, 1938, 204; S. AURIGEMMA, "Il R. Museo di Spira", Bolonia, 1935, lám. LXXV; P. ARIAS - N. ALFIERI, "Il Museo Archeologico di Ferrara", Ferrara, 1955, n. 25; P. JACOBSTHAL, *op. cit.*, nos. 1; 96; 104; 106. A. FURWÄNGLER, "Die antiken Gemmen", láms. XIII, 12; XIV, 31; XXIV, 6. Un casco itálico celta, de forma algo semejante al itálico del M. A. N., en R. LANTIER, "An italo-celtic Helmet" en *Proc. Preh. Soc.*, XXI, 1955, 228 ss.

(9) En Italia siempre estuvieron de moda, desde la época villanoviana, cascos de formas redondas y picudas, formas que igualmente aparecen registradas en el resto de Europa. MERHART ("Zu den ersten Metallhelmen Europas" en *30 BerRGK XXX*, 1940, 4 ss.) ha estudiado, de modo exhaustivo, este tipo de cascos. Otros cascos etruscos de formas semejantes, algunos de plena época histórica, en P. MARCONI - L. SERRA, "Il Museo Nazionale della Marche in Ancona". Roma, láminas LVI; LXIV; LXVII-LXVIII; F. MESSERSCHMIDT, "Inedita Etruriae" en *SE*, VI, 1932, láms XXV, 1-1; XXVIII, II-1; XXIX; XXIX, III-1 y V-1; P. ROMANELLI, "Tarquinia. La necropoli e il Museo", Roma, 1954, láms. CVIII-CIX. U. TARCHI. "L'Arte etrusco-romana nell'Umbria e nella Sabina". Milán, láms. XXV, XCV-XCVII. M. PALLOTTINO, "Gli Etruschi". Roma, 1939, lám. XVII, 1; IDEM, "L'origine degli Etruschi". Roma, 1947, lám. II, 1. A. BELTRÁN, "Arqueología clásica". Madrid, fig. 329. J. BEAZLEY, "Etruscan Vase-Painting". Oxford, 1947, lám. VI, n. 5. Cascos parecidos al del Museo Arqueológico, con la diferencia de tener el borde doblado horizontalmente, han sido estudiados por P. Reinaecke. ("Der Negauer Helmfund" en *32, BerRGK*, 1942, 117 ss.). Otro casco idéntico a los publicados por Reinaecke

II.—CASCOS GRIEGOS.

Tres cascos son griegos; de ellos conocemos su procedencia; se sabe que formaban parte de la antigua colección del Marqués de Salamanca.

A. Bronce de color ceniciento oscuro. (Fig. 2.) Altura, 26,5 cm. Ancho, 16 cm. Distancia entre los paragnáthides, 14 cm. Altura de la cubrenuca, 7,5 cm. Falta la paragnáthide izquierda. Presenta una fisura, no muy extensa.



Paragnathides de las figuras 2, 3 y 4. (Dibujos de L. Monteagudo).

vertical. Una línea que termina en el centro de la frente, formando un ángulo, separa la bóveda de la cubrenuca y de la zona frontal. Tiene huecos para que asomen las orejas.

Paralelos de este bronce son el casco que lleva una figurita de guerrero desnuda, hallada en Sineu (Mallorca), fechada por A. García y Bellido en la mitad del s. V, quizá de fábrica peloponesia¹⁰ y el casco del efebo Somzee, del Museo Mariemont (Bélgica); éste último sin paragnáthides¹¹. Este tipo de

en T. MOMMSEN, "Das Weltreich der Caesaren", Viena, 1933, 74. El casco del Museo Arqueológico tiene una forma muy parecida a uno etrusco de los reproducidos en este libro. Estas formas de casco perviven con variantes hasta el Bajo Imperio, en el que se adornan profusamente. (P. POST, "Der Kupfenne Spangenhelm", en *BerRGK*, 115 ss.). Un guerrero pintado sobre una ánfora, fechable entre 459-425 a C., lleva un casco bastante semejante al del Museo Arqueológico. D. FEYTMANS, "Les vases grecs de la Bibliothèque Royale de Belgique", Bruselas, 1948, lám. XXXV, 75. Más cascos etruscos, redondos y picudos, en D. RANDALL - MACIVER, "The Iron Age in Italy", Oxford, 1927, láms. nos. 7, 10, 13; 17, 2; 14, 6;

IDEM, "Villanovans and early Etruscans", Oxford, 1924, láms. XI, 15-16; XII, 3, 7; XIII, 12, 14-16. Cascos del Bajo Imperio en A. ALFÖLDI, "Eine spätromische Helmform und ihre schekale im germanisch-romanischen Mittelalter", en *Acta Arc.* V, 1934, 99 ss. G. ARWIDSSON, "A new scandinavian Form of Helmet from the Vendel-Time", en *Acta Arc.* V, 1935, 243 ss.

(10) A. GARCÍA Y BELLIDO, *op. cit.*, láminas XXXVI-XXXVII, 104 ss. J. CARO BAROJA, "España primitiva y romana". Barcelona, 1957, fig. 86, 340.

(11) C. PICARD, "Manuel d'Archéologie Grecque". "La Sculpture" II, París, 1939, fig. 31.

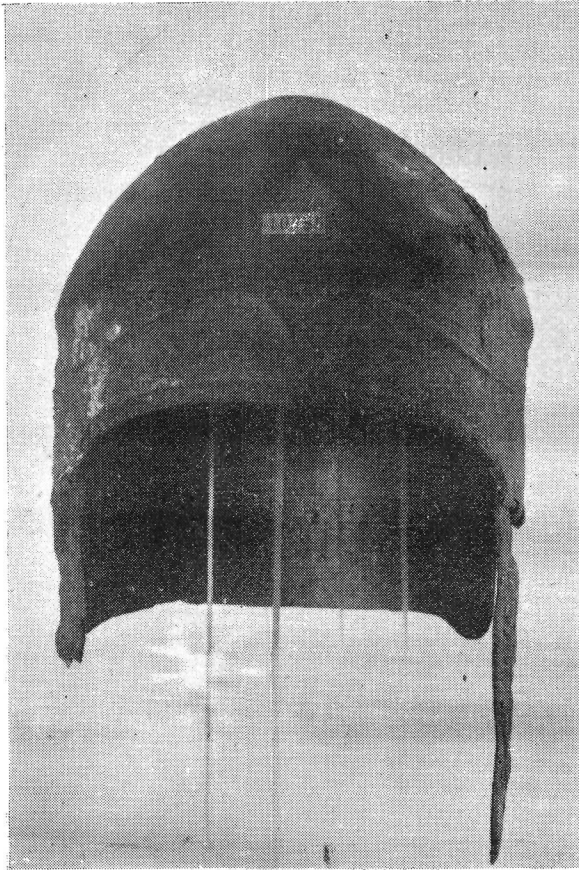


Fig. 3 A.—Casco griego de la colección del Marqués de Salamanca.



Fig. 3 B.—Vista de perfil del casco anterior. (M. A. N. cl. n.º 7363).

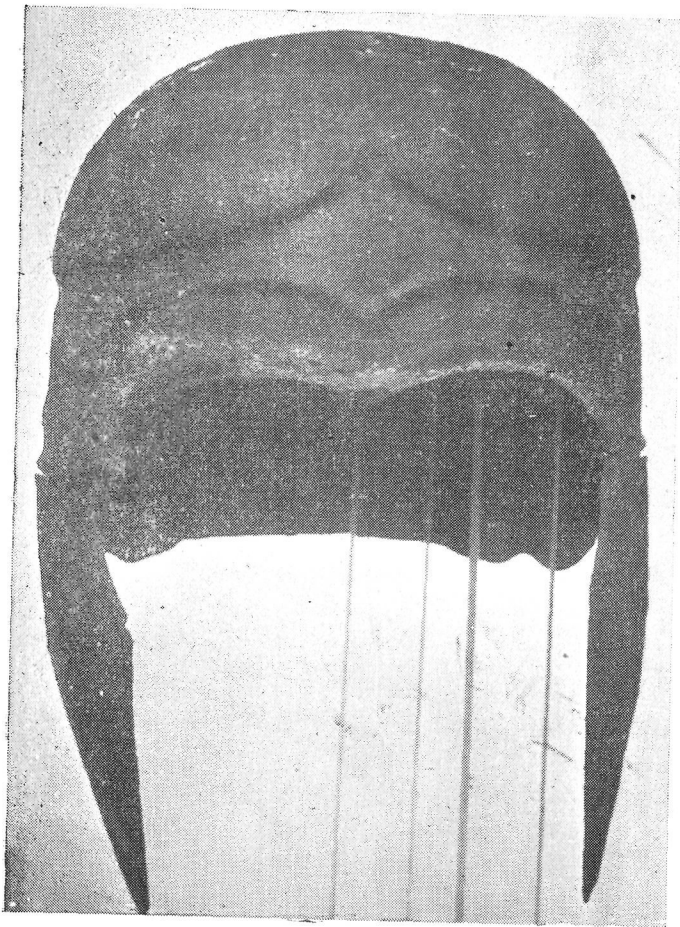


Fig. 4 A.—Casco griego visto de frente. (M. A. N. cl. n.º 7364).

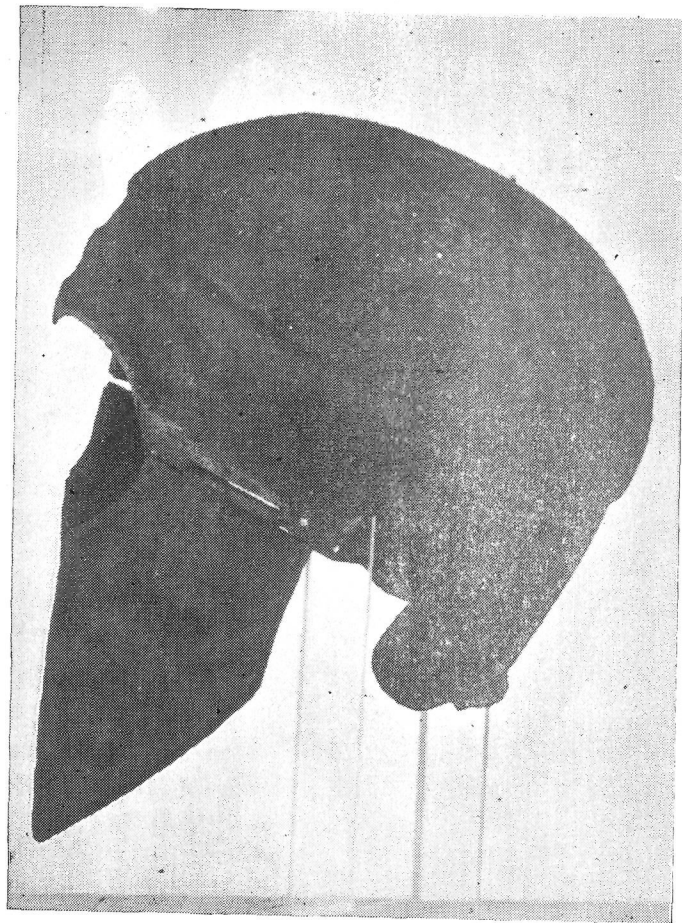


Fig. 4 B.—Vista de perfil del casco anterior. (M. A. N. cl. n.º 7365).

casco aparece representado en vasos áticos de hacia el 490, a. C., debidos al pintor de Berlán (R. Lullies, "Griechischen Vasen". Munich, 1953, n.º 63-64.)

Las paragnáthides adornadas con cabezas de carnero son muy frecuentes en Grecia. Baste citar el casco del llamado Leónidas¹², diversos cascos de esculturas del Museo de Berlín¹³, casco de la Atenea Mazarín y de la Atenea Richelieu, ambas en el Museo del Louvre¹⁴; casco de basa de estatua del Metropolitano de Nueva York¹⁵; el casco de la Atenea del Palazzo Mattei, en la parte posterior de la bóveda y en la parte delantera falta un buen trozo. del que parte una cuádruple fisura. La parte frontal carece de adornos. La paragnáthide, movable, está decorada con una cabeza de carnero repujada. Todo el borde del casco está doblado hacia adentro. El arranque de la espiga está deteriorado, por lo que es imposible saber si existía o no; me inclino a creer que no, pues los paralelos que se han encontrado de este casco no la llevan. No conserva señales de haber llevado cimera, ni tiene tampoco abolladuras. Es de forma casi esférica en la parte superior y cilíndrica en la cubrenuca, frente y paragnáthides. La cubrenuca termina en una especie de doblez el Louvre¹⁶; casco publicado por Richter, del s. IV, que podemos considerar como un paralelo¹⁷ de los que ahora nos ocupan. También aparecen cascos adornados con cabezas de carneros en gemas¹⁸ y en vasos griegos¹⁹. Todos estos cascos citados, menos el estudiado por Richter, son corintios; adornados con cabezas de carneros y del tipo de los del Museo Arqueológico, no conozco otros cascos fuera de los dos del mismo Museo y del estudiado por Richter. Las paragnáthides movibles son muy frecuentes, tanto en Etruria (19 a), como en Grecia (19 b).

Este casco se puede fechar en el s. V, a. C.

B. Bronce de color oscuro, con motas blanquecinas. (Fig. 3.) Altura, 17 centímetros. Anchura, 17 cm. Longitud de la paragnáthide izquierda, puesto

(12) P. DEVAMBEZ, "L'art au siècle de Péricles". Lausanne, 1955, lám. LXVII. E. LANGLOTZ, "Frühgriechische Bildhauerschulen". Nurember, 1927, lámina LI. Sobre éste de adorno ver: T. HOOPES, "The greek Helmet in the City Art Museum of Saint Louis", en *Studies D. Robinson* II, 833 ss.

(13) C. BLÜMEL, "Römische Kopien griechischer Sculpturen des fünften Jahrhunderts". Berlín, 1931. T. IV, lám. LXXVI, 29 s.

(14) R. DELBRUECK, "Antike Porphywerke". Berlín, 1932, láms. XIX-XX, Abb 22, 70 ss.

(15) F. MUTHMANN, "Statuenstützen und dekoratives Beiwerk an griechischen und römischen Bildwerken". Heidelberg, 1953, lám. XII, n. 27. G. RICHTER, "Catalogue of greek Sculptures in the Metropolitan Museum of Art". Cambridge, 1954, lám. CLXIII, n. 237, 118.

(16) C. FIGARD, *op. cit.* T. IV, 1954, fig. 162.

(17) G. RICHTER, "Handbook of the Greek Collection". Cambridge, 1953, lám. 257, fig. 128. Otro casco adornado con cabezas de carnero en M. BIEBER, "Die antiken Skulpturen und Brozen des Königl. Museum Fridericianum in Cassel". Marburgo, 1915, láms. XVII-XVIII, 145.

(18) A. FURTWAENGLER, *op. cit.*, lám. XXIX, ns. 74 - 75 y 77 - 80. G. LIPPOLD, "Gemmen und Kameer des Altertums und der Neuzeit". Stuttgart, 118, n. 1.

(19) S. KAROUZOU, "The Amasis Painter". Oxford, 1956. 34. A. LANE, "Greek Pottery". Londres, 1947, fig. 70 B.

(19 a) L. GOLDSCHIEDER, "Etruscan Sculpture". Londres, 1941, nos. 61, 105-107, 121; P. PALLOTTINO-HÜRLIMANN, "L'Art of the Etruscans". Londres, 1955, nos. 79 y 82, 146. "Art et civilisation des Etrusques". París, 1955, fig. 44. O. VACANO, "Die Etrusker". Stuttgart, 1955, láms. LXXX, LXXXIII, LXXXIV. G. RICHTER, "Ancient Italy". Michigan, 1955, figs. 66, 81-82; IDEM, "Etruscan Terracotta Warriors in the Metropolitan Museum of Art". Nueva York, 1937, láms. XIX-XXIII.

(19 b) E. PFUHL, "Malerei und Zeichnung der Griechen". Munich, 1923, nos. 518-420, 451, 456, 478, 580, 558. J. BEAZLEY, "Campana Fragments in Florence". Londres, 1933, láms. 5, n. 14: 2, n. 5; L. CASKEY - J. BEAZLEY, "Attic Vase Paintings in the Museum of Fine Arts. Boston". Boston, 1954, lám. XIII, n. 70.

que de la derecha sólo queda un trozo, 11 cm. Distancia entre las paragnáthides, móviles y con cabeza de carnero, 14 cm. Altura de la cubrenuca, 8,5 cm. No presenta ningún deterioro o abolladura. Es bastante parecido al anterior. No tiene espiga, ni hay señal de haber tenido cimera. Su forma es igualmente esférica en la bóveda y cilíndrica en el resto de la pieza. Una doblez recorre igualmente todo el borde del casco. La zona frontal es mucho más ancha que en el casco anterior; el ángulo que penetra en la bóveda es más pronunciado; la frente lleva como adorno dos líneas en forma de cejas, que se tocan en ángulo con el vértice hacia abajo, como es corriente en los cascos griegos ²⁰. Tiene también huecos para los oídos. Este casco fué dado por romano. (P. Bosch Gimpera - P. Agüado Bleye. "La conquista de España por Roma", en *Historia de España. España prerromana*. Madrid, 1935. Fig. 123.) Kukahn ²¹ ha publicado un casco calcídico que presenta bastante parecido con este, sobre todo visto de frente; estos cascos calcídicos tienen bastantes puntos de contacto con los cascos que estudiamos; presentan, sin embargo, algunas diferencias notables, como la cubrenuca más abombada y las paragnáthides soldadas al casco y de mayor tamaño; por esta razón no me atrevo a calificar de calcídicos los tres cascos del Museo Arqueológico Nacional, a pesar de los puntos comunes; no creo que no sean griegos, por el parentesco evidente con el casco griego publicado por Richter, ya citado anteriormente, y con el bronce de Sineu o con el casco del efebo de Somzee. Los cascos calcídicos tienen su parte frontal parecida a los tres cascos del Museo Arqueológico Nacional y tienen además diferenciada del mismo modo la bóveda de la parte cilíndrica y presentan idéntico hueco para las orejas. Los cascos calcídicos que aparecen pintados sobre los vasos calcídicos son de otro tipo ²². Estos cascos del Museo Arqueológico tienen cierto parecido, salvo en la espiga y en las paragnáthides, con un casco hallado en Macedonia, publicado por Beltrán (22 a).

Este casco se puede datar entre los s. V-IV, a. C.

C. Bronce de color oscuro. Altura, 24,5 cm. Distancia entre las paragnáthides, 14 cm. Altura de la bóveda, 12 cm. Longitud de las paragnáthides, 12,5 centímetros. Se conservan ambas paragnáthides, que se adornan con cabezas de carnero, colocadas como en las piezas anteriores, hacia abajo. Son móviles. Altura de la cubrenuca, 8 cm. Este casco se encuentra en perfecto estado de conservación y sin abolladuras. Es igualmente de forma esférica en la bóveda y cilíndrica en el resto del casco. No parece que tuviera espiga. Como el casco anterior, lleva dos líneas que se tocan en el centro de la frente, en forma de cejas. La parte frontal se parece algo a la de un casco calcídico de los publicados por Kukahn ²³.

III.—CASCO ROMANO. Bronce de color oscuro. (Fig. 5.)

Altura, midiendo la cimera, 29,5 cm. Longitud de las paragnáthides, 18 centímetros. Distancia entre ellas, 16 cm. Ancho de casco, 20 cm. Altura de la

(20) E. KUKAHN, "Der griechische Helm". Hamburgo, 1936, lám. V, nos. 1-4, 42 ss.

(21) *Op. cit.*, lám. V, n. 4, 43.

(22) A. RUMPF, "Chalkidische Vasen". Berlín,

1927, láms. XII-XIV; XVI. XIX-XXI; XXXII; XLIX; LXII, LXXXVIII; CXXI; CXLIV.

(22 a) A. BELTRÁN, *op. cit.* fig. 328, 2, 477, 1.

(23) E. KUKAHN, *op. cit.*, lám. V, n. 3.

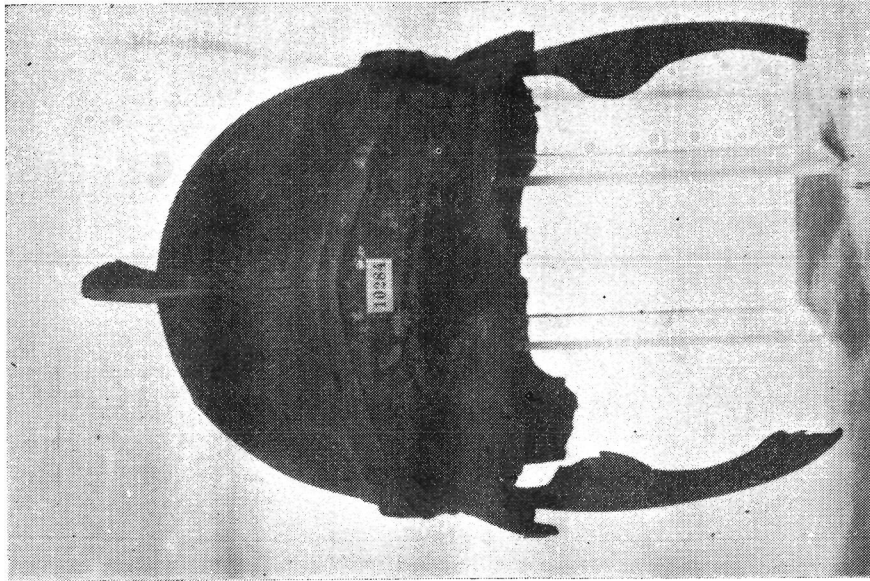
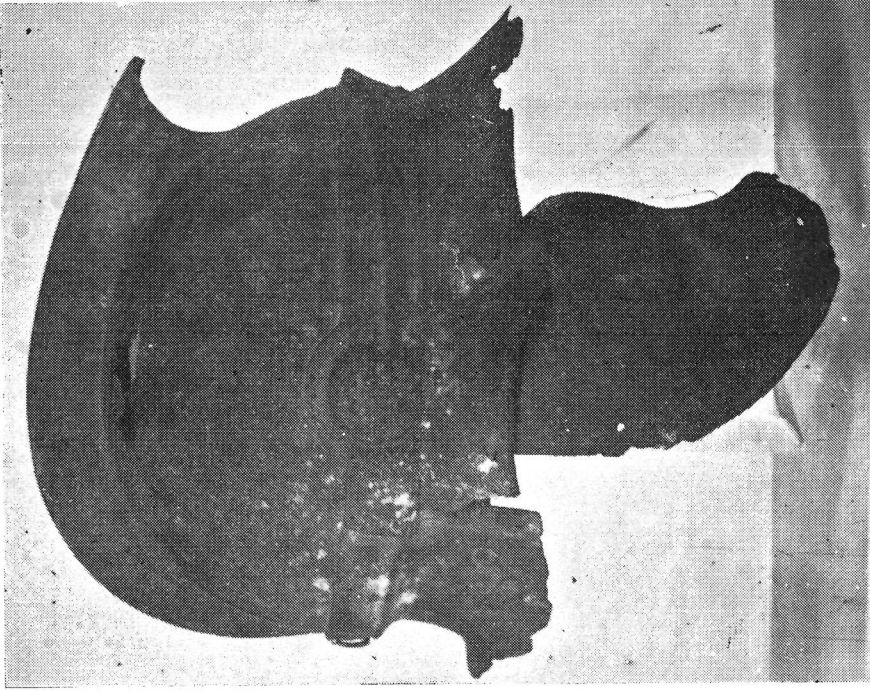


Fig. 5. A.—Casco romano procedente de Atenas, visto de frente. (M. A. N. n.º 7366). Fig. 5 B.—Vista de perfil del casco anterior. (M. A. N. cl. n.º 7367).

cubrenuca, 4 cm. Altura de la cimera, 2,5. Este casco se compone de dos piezas unidas, la inferior superpuesta, más las paragnáthides, que son móviles. Lleva encima de las orejas una voluta que parte de una franja de adorno en relieve, como la voluta. La bóveda es de forma cilíndrica, está coronada por la cimera y la parte superior derecha se encuentra deteriorada, faltándole un trozo. El casco lleva visera, no muy pronunciada, cuyo borde falta, así como el borde doblado de la cubrenuca y las puntas de las paragnáthides. No hay hueco para las orejas y en la parte de la nuca tiene una especie de anilla. Procede, según Thouvenot, de Atenas. En efecto, en el inventario del Museo figura como donación de Serpieri, traído de Atenas.

Este casco es romano, como lo prueba la presencia de la visera, corriente en los cascos romanos y la doblez pronunciada del extremo de la cubrenuca ²⁴. El casco de Atenas es un casco de legionario, de los que existían diversos tipos ²⁵; es parecido, con la visera un poco más pronunciada, al que lleva un legionario en la Gema Augustea ²⁶, fechable en el año 7. a. C. También presenta cierta semejanza con los cascos que llevan los legionarios en un fragmento de friso, representando una nave romana de guerra ²⁷, del Museo Vaticano. Es idéntico al que lleva un guerrero en una pintura pompeyana ²⁸ y en el mosaico de Thimantles, procedente de Ampurias ²⁹.

El casco de Atenas se fecha en los años próximos al cambio de Era.

J. M. BLAZQUEZ

(24) H. WALTERS, "Select Bronzes, Greek, Roman and Etruscan in the Departments of Antiquities". Londres, 1915, lám. LXXII. T. MOMMSEN, *op. cit.* 197.

(25) E. MERCKLIN, "Griechische und römische Altertümer", lám. XLIV, 2. L. LINDENSCHMIDT, "Die Altertümer unserer heidnischen Vorzeit". Munich, 1864. T. I., lám. V; en la lámina II cascos de diversos tipos; IDEM, 1881, T. II, láms. III-IV; IDEM, 1900, T. IV, láms. VIII, XXXIX, LVI; en la lámina XVII, cascos germanos; en la LV, etruscos típicos, y en lámina LXI, itálicos. IDEM, 1911. T. I, lám. XXXIII; en la lám. XXXV, cascos germanos. A. TONNOCHY, "Roman Britain". Londres, 1951, lám. XXV. A. FURTWAENGLER, *op. cit.*, lám. LVI, 33.

(26) A. FURTWAENGLER, *op. cit.*, lám. LVI, 33.

C. RODENWALDT, "Arte Clásico". Madrid, 1931, 602.

(27) C. RODENWALDT, *op. cit.*, 570; IDEM, "Kunst um Augustus". Berlín, 1942, Abb 33; J. CHARBONNEAUX, "L'art au siècle d'Auguste". París, 1948, 84.

(28) P. DUCATI, "Die etruschische italo-hellenistische und römischen Malerei", Viena 1941, n. 54. M. GABRIEL, "Master of Campana Painting". Nueva York, 1950, 21, 23-24. E. RIZZO, "La Pittura ellenistico - romana". Milán, 1939, lámina LXII. K. SCHEFOLD, "Pompejanische Malerei". Basel, 1952, 51.

(29) J. CARO BAROJA, *op. cit.* 331. R. MELIDA, "El arte en España durante la época romana" en *Historia de España, España Romana*, fig. 536. L. PERICQT, *Historia de España. I. Epocas primitiva y romana*. Barcelona, 1942, 375.

DE METALURGIA TARTESIA: EL BRONCE CARRIAZO

El misterioso emporio de Tartessos, tan apasionante cuan difícil de perfilar, nos ofrece ahora una pieza de excepcional interés, el bronce "Carriazo", que por gentileza de su poseedor, nuestro querido amigo Juan de Mata Carriazo, Catedrático de la Universidad de Sevilla, ofrecemos por primera vez a los lectores de "Zephyrus", después de rápido examen, con el afán de estimular, si cabe, el interés por la arqueología andaluza, parcela la más rica y tal vez la más descuidada de nuestra arqueología.

Se trata de un relieve en placa de bronce calada y levemente arqueada representando sin duda una diosa de la fecundidad entre dos protomos de patos en actitud de vuelo. La pieza, de un realismo notable, formaba parte de un conjunto difícil de precisar. Una gruesa anilla en su parte posterior, sugiere que se trata del adorno de un asa de caldero o situla (?) o quizás pieza lateral de un rico bocado (?) en todo caso su clasificación definitiva, sin material de comparación ofrece dificultades que no podemos resolver con la bibliografía a nuestro alcance. De su parte inferior colgarían siete cadenillas con sonajeros, ruedas o figuritas al estilo celta-etrusco generalizado en toda Europa.

En la actualidad, la pieza mide 95 mm. de altura por 153 mm. de longitud máxima. El pico de una de las aves ha sido cortado para cerciorarse que no se trataba de oro, lo que permite deducir que la longitud de la pieza alcanzaba 162 milímetros. Se desconoce el lugar exacto de hallazgo, pues fué adquirida en Sevilla a unos gitanos que no hicieron de ella el menor aprecio y por fortuna no tomó el aciago camino de los chamarileros y anticuarios que hubieran podido desvirtuar el carácter local de su hallazgo. Con la máxima probabilidad puede suponerse que se trata de una pieza sevillana o a lo sumo hallada en un área comprendida entre Carmona-Sevilla-Huelva. *

El bronce ha sido fundido en una sola pieza, incluso la gruesa anilla posterior, que arranca de la parte trasera de la cabeza de la diosa.

Esta aparece de frente con los brazos abiertos hacia lo alto sosteniendo en sus manos unos triángulos calados y con mango que apoyan por un lado en las cabezas de las aves y por el otro sobre las alas. Las ilustraciones que acompañamos ahorran la completa descripción de la pieza, pero para justificar su filiación haremos hincapié en algunas particularidades.

La diosa, de la que sólo aparece el busto, arranca de la unión de los dos protomos de aves y como superpuesto a ellas. Se la representa de frente, con ojos hundidos, almendrados, algo toscos, arcos superciliares exagerados y en relieve continuo forman una nariz ancha, dañada en la pieza. La boca, con simple incisión horizontal, tosca, con las comisuras hundidas y los carrillos salientes como en el arte arcaico. Las orejas, de frente, con el pabellón exagerado y saliente, mentón ovalado, ancho, sin rastro de barbilla. Su peinado es el característico hathórida: pelo en dos masas simétricas que caen por detrás de las orejas y forman

* La pieza fué adquirida en una de las típicas paradas del "jueves", mercadillo sevillano análogo al "Rastro" de Madrid.

sobre los hombros los bucles característicos. A media altura, por debajo de las orejas, tres incisiones horizontales parecen indicar la existencia de lazos que recogieran el cabello. Sobre la frente, por debajo de las dos masas simétricas de pelo una doble incisión forma cuatro ondas y quiebra la uniformidad de la frente a la vez que rebaja el excesivamente elevado óvalo de la cara. No creemos que estas cuatro ondas incisas sobre la frente representen una diadema, sino más bien un tipo de peinado usual en la Península, del que no se ha prescindido cuando se ha impuesto a la diosa el peinado Hathor. El peinado, formando ondas sobre la frente, puede verse en gran número de esculturas del Cerro de los Santos o en las figuritas femeninas de bronce del santuario del Collado de los Jardines, de Santa Elena. (Cfr. A. García y Bellido. "La escultura ibérica", en Historia de España I, 3. Madrid, 1954. Figuras. 347, 348, 349, 352, 354, 395, 396, etc.) A nuestro juicio es este un detalle más que documenta el origen occidental de esta pieza, que no ha sabido prescindir de un rasgo de barroquismo tan nuestro.

El busto, triangular, ceñido por un quitón ajustado con escote circular. Las mangas, cortas, bien acusadas en su relieve, rematan en dos filetes incisos. Sobre el pecho se representa en incisión un collar de flores de loto de aire fenicio en el que alternan las flores abiertas y los capullos. Los trazos son firmes y seguros. Los brazos, bien modelados, así como las manos. En las muñecas, una doble incisión sugiere dos pequeñas pulseras.

Los dos prótomos de aves son aún más realistas. Pico y cabeza bien modelados; el ojo se simula con simple incisión oval. En el cuello tres incisiones paralelas como collarino y hasta el arranque de las alas incisiones escamadas sugieren el plumaje. Las alas son graciosas, regulares y simétricas y recuerdan las representaciones de ánades tan frecuentes en el mundo oriental, egipcio principalmente, aunque no faltan en la Etruria orientalizante. Tienen dos partes, una lisa realizada con una incisión recorrente y otra constituída por las plumas que se representan mediante planos oblicuos escaleriformes que van superponiéndose hasta la guía superior. Por debajo de las alas, las aves forman un cuerpo naviforme, liso y sin incisión alguna y con la quilla festoneada con siete apéndices perforados para colgar siete cadenillas hoy perdidas.

En conjunto se trata de una pieza magníficamente lograda, el molde es de mano maestra. El retoque a buril algo menos hábil.

Vamos a considerar separadamente los dos elementos que integran la pieza. Por un lado la diosa de la fecundidad, por otro la barca formada por los dos prótomos de ánades.

La figura de la diosa aparece con el peinado característico de la diosa egipcia Hathor. Esta, que poseía en Egipto siete formas distintas (quizás el número de siete colgantes que poseía este bronce tenga algo que ver con la magia de ese número), es la diosa característica de la fecundidad, del amor y en cierta manera también de la muerte. Primitivamente una diosa-vaca, adquiere con el tiempo cabeza humana y se identificará con Isis, resultando en sus funciones específicas estrictamente análoga a la Ishtar mesopotámica y a la Astarté fenicia. No tiene por consiguiente nada de particular que reúna en sí todos los elementos de la fecundidad y que encarne de hecho las concepciones generales en el

próximo Oriente, atribuidas a la gran Madre que desde el neolítico aparece enraizada en las sociedades agrícolas como protectora de la vegetación, de la fecundidad y se enlace en determinadas zonas con un verdadero culto solar en funciones precisamente de su aspecto vivificador y fecundante. Cuando Egipto con la expansión asiática iniciada por la dinastía XVIII influye en todos los territorios del próximo Oriente, la identificación de Isis-Hathor con los distintos cultos de fecundidad locales se impone no con la adopción de esa divinidad egipcia como tal, sino que los cultos locales visten el ropaje y adoptan los símbolos egipcios más o menos esquematizados. En el territorio cananeo y sirio, así como en la costa fenicia y Chipre ese proceso aparece bien claro y las mismas figuritas de la diosa de la fecundidad local aparecerán ahora con el peinado típico hathórica. En definitiva será el prestigio egipcio el que impulsará la adopción de esa iconografía que los pueblos del mar, primero, y más tarde los fenicios en concreto extienden por el Mediterráneo y así la encontraremos en la plástica de la época orientalizante, en la propia Grecia, en Etruria, etc.

Es quizás durante la dinastía XXII cuando ese culto adquiere su mayor predicamento en el propio Egipto y se esculpen los grandes capiteles con la cabeza de Hathor, como la famosa del British Museum procedente del templo construido por Osorkon II (865-850 a. C.) en Bubastis, hallado en 1890 en los trabajos de la *Egypt Expedition Fund* dirigidos por E. Naville ¹. La relación de estos faraones con Palestina y Siria es bien conocida, la propia Bubastis es la *Pi-Beseth* bíblica (Ez. 30, 17). Precisamente durante el reinado de Osorkon II tuvo lugar la famosa batalla de Qarqar en el Orontes (854/3), en la que Salmanasar III de Asiria derrotó por completo con tropas numéricamente muy inferiores al rey Ahab de Israel y a toda una confederación de reyezuelos sirios que habían recibido incluso la ayuda egipcia, pues el faraón les mandó un cuerpo de 1.000 hombres ².

El peinado de Hathor, prestigiado y puesto de relieve en los grandes capiteles egipcios, es adoptado en la iconografía menor de las diosas de la fecundidad cananeas ³, sirias e incluso la Astarté fenicia, llegando con su expansión hasta el occidente del Mediterráneo ⁴. Junto al tipo de peinado otros elementos de inspiración egipcia se incorporan al arte fenicio como el loto, las palmetas, los escarabeos, etc.

Por lo que a nuestra pieza se refiere, si hubiera alguna duda sobre su icono-

(1) British Museum. "A general introductory Guide to the Egyptian Collections in the B. M.". Londres, 1930, p. 378, fig. 207.

(2) P. LEMAIRE e D. BALDI. "Atlante storico della Bibbia". Roma, Torino, 1955, p. 131.

(3) La adopción del peinado hathórica es general en las diosas cananeas de la fecundidad, incluso en plena época israelita, aunque conservan algunas veces la posición tradicional, desnudas sosteniendo ambos pechos con las manos; adquieren otras el loto como símbolo, que sostienen por el tallo en la misma forma que en nuestra pieza. (Cf. L. A. GROLLENBERG, "Atlas de la Bible", Bruselas, 1955, p. 56, fig. 162-166). También con flo-

res de loto en las manos aparecen en marfiles de Tell Duweir (Lachich) cf. A. TH. BOSSERT, "Alt Syrien" n.º 1.087.

(4) En territorios dominados mucho tiempo por Egipto o bajo su esfera económica directa, la influencia es muy pura. Cf., por ej., el gran capitel de Larnaka representando una flor de loto del que arranca la cabeza de la diosa, obra, sin duda, de escultores egipcios fechables a fines del siglo VI (A. Th. BOSSERT. "Alt Syrien". Tubingen, 1951, fig. 24). Cfr. también: E. VON MERCKLIN, "Das aegyptischer Figuralkapitell" en *Studies presented to David Moore Robinson*, vol. I. Washington University, 1951, pp. 198-214, láms. 8-10.

grafía orientalizante, el collar de loto inciso sobre el pecho de la diosa, del que podrían señalarse muchísimos paralelos, unos sobre piezas de indiscutida fabricación fenicia, como por ejemplo en la famosa tridacna de Nínive⁵, otros sobre piezas etruscas y aun sobre pieza que probablemente deben ser consideradas como tartésicas, nos lo confirmaría.

Pero para que no quede ninguna duda, nuestra diosa de la fecundidad posee otra característica importante. Sostiene en cada mano unas piezas triangulares con mango que son un símbolo estrechamente unido a la misma esencia de la diosa y a un aspecto muy concreto, al de la fecundidad solar. En efecto, esos triángulos son elementos de la fecundidad no tanto como símbolos directamente sexuales, como a primera vista pudiera creerse, sino como recipiendarios de la potencia fecundante de los rayos solares. En definitiva esos triángulos son la esquematización última de las flores de loto que en la iconografía religiosa egipcia se presentan en manos de los faraones y reinas en el acto de adoración solar. Así vemos, por ejemplo, en el famoso relieve de caliza que procede de Tell el Amarna se conserva en el Museo de El Cairo, cómo Akenaton (Amenofis IV) y la familia real reciben los acariciadores rayos de Aton ofreciéndole una flor que se representa como un triángulo invertido exactamente igual al de nuestra pieza. Que ello no es simplemente una ofrenda humana, sino un símbolo de la propia potencia fecundante del sol, se ve claro por cuanto lo adoptan como atributo infinidad de dioses y diosas que se representan llevando en la mano la misma flor triangular. La propia Hathor, incluso antes de la adopción de la cabeza humana, Anit, Anget, Maat, Neftys, Nut, Qedeshet, Thermoutis, Salet, Urt-Mekan, Uadjit, Sekmet, Selquet, y desde luego, Isis. La estilización de la flor en forma de triángulo o copa es general. La adopción de tal atributo por dioses de carácter funerario confirma el aspecto de fecundación y su enlace con el ciclo de la vegetación⁶.

El carácter de diosa de la fecundidad queda por consiguiente muy claro en esta pieza, pero retengamos también el matiz de relación con el culto solar de esa fecundidad.

Si nos fijamos ahora en el segundo aspecto de nuestra pieza, la barca formada por los prótomos de ánades, no podemos dejar de reconocer que nos hallamos de nuevo ante un elemento claramente simbólico, no de tipo mediterráneo como el anterior, sino de tipo hallstático, es decir continental, aunque en definitiva su lejano origen sea también oriental.

La representación de aves acuáticas es frecuentísima desde las etapas finales de la Edad de Bronce y más concretamente desde el comienzo de la cultura europea de los campos de urnas y durante todo el desarrollo de la civilización hallstática. Agujas, fíbulas y objetos de todas clases se decoran con cabezas de cisnes, ánades u otros pájaros acuáticos. De modo análogo sus representaciones serán favoritas en la temática de las decoraciones cerámicas de la época geomé-

(5) El collar de flores de loto se generaliza de Mesopotamia a Tartessos, pero presenta en cada lugar un matiz particular. El de nuestro bronce es netamente de inspiración fenicia, análogo al de la

tridacna de Nínive (BOSSERT, "Alt Syrien", fg. 814, pág. 238).

(6) La primera impresión de que se tratara de dos sistra, atributos de Isis, no es convincente.

trica con precedentes micénicos y aun más antiguos ⁷. Estas representaciones adquieren un interesante simbolismo ya en época antigua las zonas danubianas húngaras y balcánicas desarrollando el tipo de los dos prótomos de aves contrapuestos para formar la característica barca enlazada con los cultos solares por aparición de ruedas, svásticas y temas radiales de todas clases, cuyo rico simbolismo ha sido estudiado recientemente en un precioso y utilísimo libro de Georg Kossack ⁸. En el mundo etrusco, itálico y hallstático en general, los temas de aves bien sobre amuletos colgantes, sobre fibulas o como elementos decorativos de bronce más complejos, se generalizan y no sólo en Italia y centro de Europa, sino que con la expansión hallstática alcanzan el occidente europeo y la Península Ibérica con las invasiones celtas. La barca solar formada por dos prótomos de aves con el disco central aparece con gran frecuencia en la decoración de la sítulas y calderos de bronce, etruscos y hallstáticos ⁹ y pervivirá claramente en la temática decorativa de la cultura de la Tène ¹⁰.

Gran afinidad con nuestra pieza presentan algunas fibulas de bronce en las que el arco, formado por dos prótomos, aparece adornado con cadenillas de las que cuelgan piezas triangulares o sonajeros. Estas aparecen en Francia e Italia ¹¹ y aunque no conocemos ningún ejemplar español, con seguridad existieron y cuando se conozca mejor el material de la Meseta habrán de documentarse, por cuanto no faltan las fibulas del hallstatt final que presentan una cabecita de pato en el pie, vuelta hacia el arco, como en el resto del occidente, incluso con ejemplares magníficos y de delicada labor ¹².

Teniendo en cuenta la interpretación de esos amuletos o pájaros barquiformes como símbolos de culto solar, la pieza que nos ocupa admite plenamente esa clasificación, pues posee, con excepción de la substitución de la rueda por la diosa, todos los rasgos de esas piezas hallstáticas, incluso en el detalle de poseer anillas para cadenitas colgantes, elementos que hallamos bien desarrollados en la metalurgia céltica de la meseta española, en fibulas del área celtibérica y en las fibulas en forma de caballitos, por ejemplo. La única diferencia de la pieza sevillana con sus congéneres europeos, es que se trata de un arte infinitamente superior, que puede paragonarse con las mejores realizaciones del genio etrusco, fenicio o griego arcaico. De todos los amuletos y representaciones de aves barquiformes es, sin duda, la mejor.

(7) A. FURUMARK, "The Mycenaean Pottery", Stockholm, 1941 (motivo 7 p. 250).

(8) G. KOSSACK, "Studien zum Symbolgut der Urnenfelder —und Hallstattzeit Mitteleuropas". *Römisch Germanische Forschungen*. Band 20, Berlin, 1954.

(9) Cf. la distribución de estos calderos en KOSSACK, "obra cit.", mapa B de la lám. 23. En el norte de Europa el tema pervive en Dinamarca con calderos de bronce o en vajilla de oro. (Cf. J. BRONSTED, "Danmarks Oldtid", Copenhagen, 1939, II Bronzealderen, p. 190, fig. 177 y p. 171 fig. 156; Siem, Himmerland y Lavinsgaard Mose).

(10) Cf. P. JACOBSTHAL, "Early Celtic Art. Ox-

ford, 1945". E. SPROCKHOFF, "Central European Urnfield Culture and Celtic La Tène, An Outline", *Proc. Preh. Soc.* XXI, 1956. Homenaje al Profesor V. G. Childe, p. 257. Cf. también E. SPROCKHOFF, "Nordische bronzzeit und frühes Griechentum". *Jahrbuch des Römisch - Germanischen Zentralmuseum* I, 1954, 28 ss.

(11) El tipo estudiado por KOSSACK en la "obra citada", cf. p. 100 y ss.

(12) Por ej., en Valtierra, Navarra (J. MALUQUER DE MOTES, "La necrópolis de Valtierra en Navarra". *Rev. Príncipe de Viana*, Pamplona, 1953, fig. 7); en Villaricos, Carmona y Quintos (Beja). (Cf. A. VIANA, "Pax Iulia", *A. E. A.*, 1946, figuras 2-3).

En definitiva vemos que nuestra pieza realiza el perfecto simbolismo del mundo hallstático. La substitución de la rueda solar por la diosa de la fecundidad es una genial solución tartésica. Ciertamente que en el mundo hallstático se había ya iniciado el proceso hacia la antropomorfización del símbolo. Lo vemos, por ejemplo, en la muy conocida fíbula de Watsch, del Museo de Historia Natural de Viena, adornada con un amuleto de pájaro-nave, entre cuyos prótomos figura una cabecita humana tosquísima¹³. Otras veces es una figurita o ídolo, que al adornarse con amuletos esquematizados de ese tipo señala idéntico camino, como las célebres figuritas de Kliverac, del Museo Nacional de Belgrado¹⁴, o la que figura sobre el carrito tirado por dos patos, de Dupljaja (Banato)¹⁵. En este ejemplar el carro-solar se identifica con la barca solar como símbolo de análogo culto, pues existen varios carritos con calderos y con símbolos aviformes¹⁶. Sin embargo, más frecuente es la total esquematización del amuleto, que conserva los prótomos de ánaes y transforma el cuerpo central en un esquema antropomorfo, constituido normalmente por una pieza triangular, con un tramo transversal del tipo conocido en la arqueología púnica con el nombre de signo de Tanit o simplemente un triángulo colgante.

En cuanto al arte de nuestra pieza, hemos dicho ya que se halla muy lejos de la técnica de todos esos amuletos hallstáticos y que debe clasificarse decididamente como una pieza maestra de la sensibilidad mediterránea, a la que es preciso fijar el encuadre cronológico. Ya a primera vista juzgamos que la pieza no puede ser anterior a la época de la plena asimilación de Hathor-Isis-Ishtar, que para fijar una fecha hemos elegido el reinado de Osorkon II, es decir, mediados del siglo IX. Por otra parte, ni tiene elementos de la época de La Tène, en su aspecto que pudiéramos llamar continental, ni elementos de arte o iconografía púnica occidental, representada por Carthago; es decir, que históricamente no la podemos considerar posterior al año 500. Podemos, sin embargo, intentar mayores precisiones. El bronce "Carriazo" pertenece de lleno a un período orientalizante del arte, pero alcanza un realismo que lo sitúa en un ambiente de florecimiento del arte arcaico. Podemos descartar de momento un período que abarque de mediados del siglo VII a mediados del siglo IX, con lo que la pieza queda ceñida, en números redondos, entre el 650 y el 500. Dentro de ese período de 150 años, creemos que caben aún mayores precisiones. Si nos fijamos, por ejemplo, en la decoración, escamada, para simular las plumas de los dos ánaes, nos encontramos ante un elemento decorativo que tiene un largo desarrollo en el Mediterráneo y que caracteriza, por ejemplo, a los conocidos grifos que decoran calderos de bronce, tan frecuentes en Samos, Olimpia, Cumas, etc.¹⁷, y de los que también ha sido hallado un ejemplar en

(13) KOSSACK, "obr. cit.", lám. 17, n.º 2.

(14) M. HOERNES u O. MENGHIN, "Urgeschichte der Bildenden Kunst in Europa", Viena, 1925, p. 209, fig. 2. También en KOSSACK, "obr. cit.", lám. 3, n.º 4.

(15) KOSSACK, "obr. cit.", lám. 1.

(16) Skallerup, Sydsjaelland (Dinamarca) (Cf. J. BRÖNSTED, "obr. cit.", tomo II, Copenhague,

1939, p. 119, fig. 108). En Italia las representaciones de figurillas sobre prótomos de aves son frecuentísimas desde la Campania al Véneto, pero en general muy toscas.

(17) U. JANTZEN, "Griechische Greifenkessel". Deutsch. Archäol. Inst. Berlín, 1955 con magníficas reproducciones e inventario de los principales hallazgos.



El "Bronce Carriazo" visto de frente. Tamaño natural.

(Fot. Museo Arqueológico, Sevilla).

la Península ¹⁸. La gran mayoría de estos grifos pueden fecharse aún dentro del siglo VII, pero sin duda continúan fabricándose en el siglo VI y los ejemplares periféricos de su área propia pueden considerarse de la primera mitad de ese siglo ¹⁹. Ello conviene también al aire de arcaísmo que apunta en nuestra pieza, que de este modo nos inclinamos a considerar como de comienzos del siglo VI o a lo sumo de últimos del VII; es decir, que unas fechas entre 625 y 575, a. C., nos parecen aceptables, y aun quizás podría pensarse en un pleno siglo VI, aunque no más tarde.

La pieza ha sido hallada en el marco de la antigua Tartessos, por lo que cobra interés el paralelismo de la técnica de la incisión con los aludidos grifos samios. Recuérdese que según las fuentes históricas el descubrimiento de Tartessos por los griegos fué obra de un samio, Kolaios, viaje que, según García y Bellido, quien últimamente ha tratado el tema, se realizaría a mediados del siglo VII y en todo caso antes del 630, a. C., es decir, en pleno climax de fabricación de esos grifos de bronce ²⁰.

Queda por último el problema de la verdadera filiación de esta pieza. ¿Se trata de un producto de importación o de un taller peninsular? Señalemos en primer lugar que existe una exagerada tendencia a clasificar como importaciones piezas halladas en la Península, pero que responden a modelos que son generales en el Mediterráneo. Muchas veces esa clasificación no se razona suficientemente y sólo se aducen paralelos formales. Nunca o casi nunca se tiene en cuenta que en el mediodía peninsular, según las fuentes históricas, existió el importante emporio tartésico, que nada justifica considerar como un simple mercado minero, pues la tradición urbana que reflejan esas mismas fuentes permite afirmar que fué un foco activo, creador y culto, en el que floreció sin duda una metalurgia rica. Una prueba de ello es el mismo hecho de que pudiera traficar con samios, focenses, fenicios, etc. Un simple foco de exportación de metal no explicaría la aureola cultural de Tartessos ²¹.

En un trabajo reciente Blanco Freijeiro, con motivo de estudiar el oenochoe de bronce aparecido en Valdegamas (Badajoz), analiza otros jarros de bronce y reconoce la dificultad de darles una filiación clara en los talleres conocidos de Etruria o la Magna Grecia ²². Destaca en ellos un elemento más netamente fenicio u oriental, que aun con ser piezas de tipos muy extendidos indican una

(18) A. GARCÍA Y BELLIDO, "Los hallazgos griegos en España", Madrid, 1936, n.º 1 de procedencia incierta pero del mediodía peninsular.

(19) Un grifo de bronce tosco, fué hallado en el santuario de Castellar de Santisteban, Jaén (R. LANTIER, "El Santuario ibérico de Castellar de Santisteban". *Mem. Com. de Inv. Paleont. y Preh.*, Madrid, 1917, p. 114, fig. 11). A. García y Bellido en su catálogo citado en nota anterior, por no creerlo griego, lo excluye, aunque lo reproduce en la pág. 20. Lo compara con piezas romanas y lo considera romano. Por nuestra parte no lo juzgamos romano, sino indígena peninsular de fines del siglo VI o comienzos del V. El modo de tra-

tar las alas del grifo, por planos escaleriformes es análoga al del bronce "Carriazo".

(20) A. GARCÍA Y BELLIDO, "Hispania Graeca". Instituto Español de Estudios Mediterráneos. Barcelona, 1948, I, p. 121.

(21) A. SCHULTEN, "Tartessos", 2 edic., Madrid, 1945. J. CARO BAROJA, "Los pueblos de España", Barcelona, 1946, p. 117 y ss.; A. GARCÍA Y BELLIDO, "Tartessos", en Historia de España dirigida por R. Menéndez Pidal, I-2, Madrid, 1952, p. 279 y ss.

(22) A. BLANCO FREJEIRO, "El vaso de Valdegamas (Don Benito, Badajoz) y otros vasos de bronce del mediodía peninsular. *AEA*, 1953, p. 235.



Vista oblicua del "Bronce Carriazo".

(Fot. Museo Arqueológico, Sevilla).

personalidad diferente, que justifica el reunirlos en un taller nuevo que no se atreve a localizar, pero que tímidamente insinúa incluso pudiera ser Gadir, es decir, un taller peninsular. Por nuestra parte, podemos añadir que en el ámbito del sudoeste peninsular la forma piriforme de esos oenochoes de bronce es sin duda familiar y que se fabricaban normalmente en barro también, de lo que es buena prueba un oenochoes idéntico a los de bronce, pero en cerámica lisa, a torno, hallado en las proximidades de Badajoz y en la actualidad en el Museo Arqueológico de aquella capital ²³. Ello coincide con la apreciación de Ray W. Smith, que recoge Blanco, de que la célebre botella de vidrio de la Aliseda (que reproduce la misma forma) aunque fabricada en un taller del norte de Siria, fué destinada expresamente a clientes occidentales, que exigía tal forma.

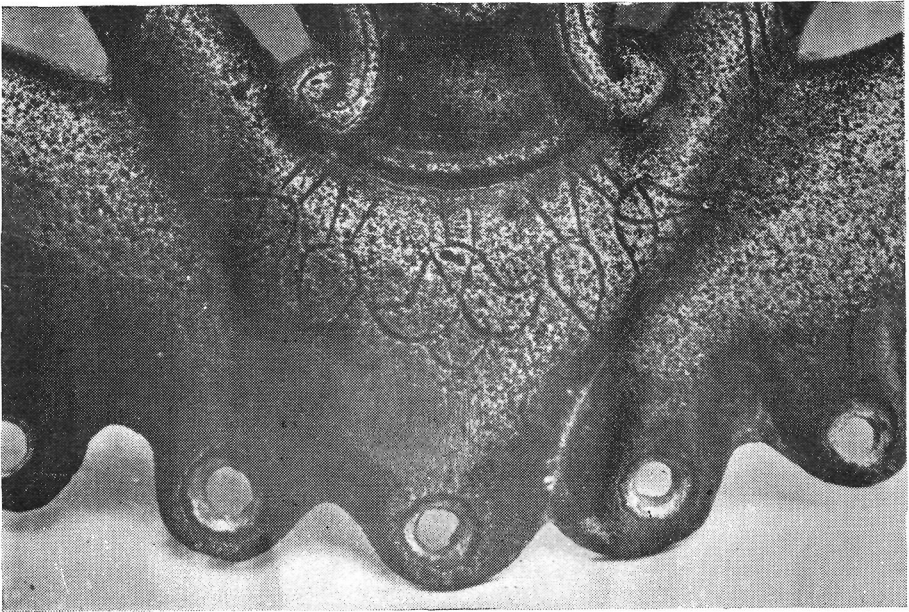
Nuevas aportaciones nos la ofrece nuestra pieza. No puede verse en ella una obra griega. Más posibilidades ofrece su carácter fenicio o etrusco ²⁴. El carácter fenicio pudiera defenderse no sólo por la diosa de la fecundidad y por los paralelismos con las tridacnas fenicias, sino incluso por el detalle del tipo de loto del collar. Ello marcaría ya una mayor probabilidad hacia su carácter fenicio que etrusco, pero no debe perderse de vista que aparte de la técnica está el propio carácter de la pieza, que como hemos visto reúne en sí dos concepciones distintas sobre una misma idea: la divinidad de la fecundidad y más concretamente de la fecundidad solar, una de origen mediterráneo, otra céltico o si se prefiere continental. La simbiosis de ambas ideas sólo puede darse en un punto de contacto de ambos mundos, lo que sucede en Etruria si se acepta un elemento étnico oriental entre ellos, que muchos autores niegan, pero donde se da sin género de duda es precisamente en Tartessos. En efecto, Tartessos representa un elemento mediterráneo en contacto con un mundo celta del que en parte depende su propia economía (los metales). Que ese contacto no se limita a un mero intercambio aparece bien claro por un lado en las fuentes históricas, que nos muestran un sudoeste peninsular ocupado por tribus célticas ya en el siglo VI, y por otro la arqueología, que en Carmona nos lo confirma plenamente. Otros muchos argumentos podrían deducirse de la onomástica posterior, etc. El contacto de Tartessos con el mundo céltico a nuestro juicio es la premisa necesaria para su propia existencia. El comercio tartésico precisa tanto del comprador griego o fenicio como del productor y consumidor a la vez, celta.

Ello, unido al matiz más fenicio de ciertos aspectos de nuestro bronce, nos inclina a considerarlo como una pieza de taller tartésico, fabricada para un régulo celta hispano, y con ella reivindicar como del mismo foco metalúrgico

(23) Otro vaso piriforme de bronce con asas adornadas con serpientes, existe en la colección Calzadilla de Badajoz. Se había ofrecido en el comercio antes de 1936 como procedente de Niebla.

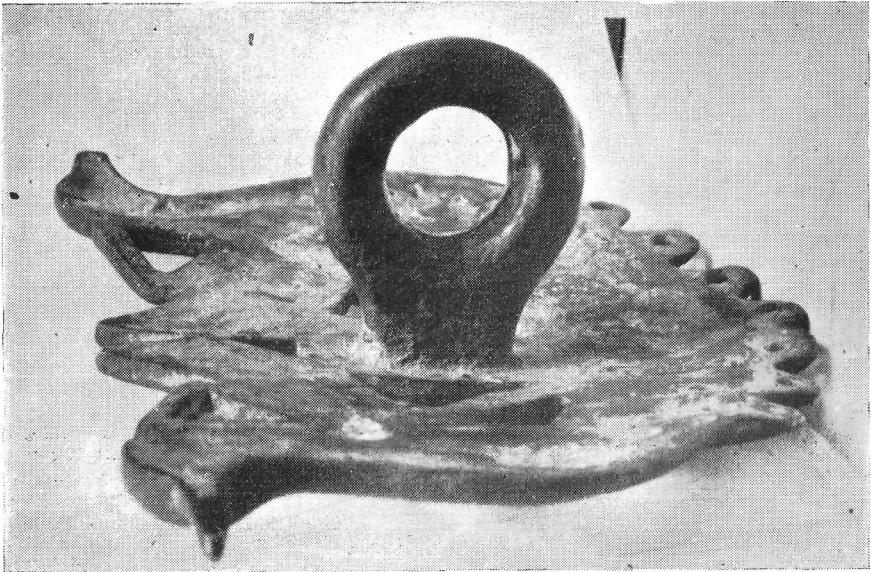
(24) Todo el arte etrusco del período orientalizante está lleno de elementos egipcios filtrados por Siria-Chipre, entre ellos las decoraciones de lotos, palmetas y la moda hathórica del peinado.

Decenas de ejemplos podrían aducirse, pero nos limitaremos a mencionar las bellas joyas de oro con tres cabecitas femeninas hathóridas del Circolo degli Migliarini de Vetulonia muy reproducidas (p. e., N. ÅBERG, "Bronzezeitliche und Frühheisenzeitliche Chronologie. I Italien", Stockholm, 1930, p. 127, fig. 386, tomada de Montelius).



Detalle del collar de lotos, de la diosa de la fecundidad solar.

(Fot. Museo Arqueológico, Sevilla).



El "Bronce Carriazo" visto por detrás.

(Fot. Museo Arqueológico, Sevilla).

la totalidad de las piezas hispanas estudiadas por Blanco Freijeiro²⁵. Que sea la propia Gadir o una Tartessos no localizada, no se puede aún precisar. Ya en la antigüedad la confusión entre Gadir y Tartessos era frecuente. La personalidad occidental peninsular del foco no desmerece si fuera Gadir, aunque el estímulo fundacional fuera fenicio, pero el haber conservado esa ciudad un carácter púnico muy cerrado inclina a considerar que el verdadero foco metalúrgico fuera más independiente y a la vez más enraizado en el país, es decir, se hallara más en contacto con el interior, estuviera más al occidente, posiblemente entre Sevilla y Huelva. Creemos tener, por consiguiente, en el "bronce Carriazo", una prueba patente de la originalidad, técnica, belleza y simbolismo de la metalúrgica tartésica.—J. MALUQUER DE MOTES.

(25) Los dos oenochos del Instituto de Valencia de Don Juan (el de la Ría de Huelva y el de procedencia incierta) más el de Niebla de la colección Calzadilla y los de Carmona. A este lote podrán agregarse otras muchas piezas cuando se estudie la totalidad del material peninsular sin ánimo de filiarlo a talleres determinados y conocidos, sino simplemente subrayando los matices coincidentes de todos ellos.

(26) Compuestas ya estas notas, recibo una separata de A. BLANCO FREIJEIRO, de un trabajo titulado "Orientalia", que aparecerá en el vol. de 1956 de *Archivo Español de Arqueología*, en el que su autor se decide ya a calificar "período orientalizante" a los materiales de La Aliseda y refiriéndose a los oenochos de bronce a que se ha aludido, los considera decididamente producto de taller peninsular, no etrusco ni griego que busca hacia las ciudades fenicias del Sur. Estamos de acuerdo con el autor, sólo que para nosotros ese foco es con toda evidencia Tartessos, es decir, un foco que se halla necesariamente en contacto con el mundo celta peninsular, y por consiguiente, no puede ser ninguna de las ciudades fenicias del Mediterráneo. Gadir podría ser, pero insistimos que el foco debe hallarse más hacia el occidente y el interior, es decir, más próxima a sus verdaderos clientes que son las poblaciones celtizadas interiores. Lo más razonable es buscar el taller entre Carmona, Sevilla y Huelva. ¿Será Tartessos la propia Sevilla, enmascarada más tarde por el dominio púnico, interesado en desviar hacia Gadir el centro político y económico?

También el Dr. García y Bellido en otro trabajo que acabamos de recibir, recoge la posición de Blanco Freijeiro con motivo de publicar el jarro de Bronce de la colección Calzadilla, al que nos referimos en el texto ("Materiales de arqueología hispano-púnica", *A. E. A.* 1956, publ. 1957). Habla también de período orientalizante, acepta la existencia de un taller español inclinándose por Gadir y llama al conjunto "púnico", refiriéndose a la "koiné púnico-cartaginesa de todo el Mediterráneo occidental" No consideramos feliz, ni mucho menos, el utilizar el nombre de púnico para unas manifestaciones de los siglos VIII-VII. A pesar de la fundación de Ibiza en el VII, no creemos que

antes del 500 deba aplicarse el nombre de púnico en el sentido que luego se generalizará, para manifestaciones artísticas o arqueológicas del sudoeste de España; creemos más acertado y exacto llamarle tartésico. Fenicio era la forma tradicional de calificar a todas estas manifestaciones, pero la nota de personalidad propia cada vez mejor acusada de nuestro foco occidental, es el que empuja a García y Bellido a no usar el nombre de fenicio. En realidad, la personalidad del foco no tiene otra explicación que un matiz de substrato o de indigenismo; la reunión de un elemento occidental con otro oriental, en el sudoeste de la Península tiene un nombre bien recogido por las fuentes históricas "Tartessos". El taller que Blanco Freijeiro y García Bellido buscan hacia Gadir, es para nosotros simplemente Tartessos.

La personalidad de este foco tartésico, sobre el que tenemos un trabajo en preparación para esta misma revista, se muestra en multitud de aspectos, por ejemplo, en los "braseros rituales" que acompañan en tumbas (Carmona, Aliseda, etc.) a los oenochos de bronce y que también han sido hallados en una amplísima área del sur y centro peninsular. E. CUADRADO los estudia monográficamente ("Los recipientes llamados braserillos púnicos", *Archivo esp. de Arqueología*, 1956 (1957), p. 52). Estos braseros con sus asas características en forma de manos, son también una creación típicamente tartésica y constituyen una nueva prueba de un culto solar existente en el mediodía peninsular. Los "braseros" posiblemente constituyen un elemento necesario a un rito de "extinción" de la vida (las manos de los braseros son un claro símbolo solar de tradición egipcia que, como todos los símbolos acabará siendo un elemento simplemente decorativo). El agua apaga el fuego como la muerte la vida, de ahí la presencia del jarro de bronce, barro, vidrio, etc., y recuérdese que precisamente algunos de esos jarros se caracterizan por poseer representaciones ctónicas, como las serpientes. García y Bellido subraya perfectamente la existencia de estas representaciones de serpientes en el foco occidental, cuya identificación tantea hacia Gadir y que para nosotros debe llamarse Tartessos.

DOS TORQUES DE ORO, CELTAS, EN LA PROVINCIA DE BURGOS

En los primeros días del pasado mayo tuvo lugar en la provincia de Burgos un hallazgo arqueológico interesante y a la vez fortuito. Arando Arcadio Hor, cajo, vecino de la modesta aldea de Villaespesa, en término jurisdiccional de Jaramillo Quemado, y próximo al río San Martín, que divide las tierras labrantías de ambas aldeas, enclavadas en el alfoz de Lara de los Infantes, la reja del arado puso al descubierto un magnífico torques de oro de 21 quilates y 176 gramos de peso. (Fig. 2.)

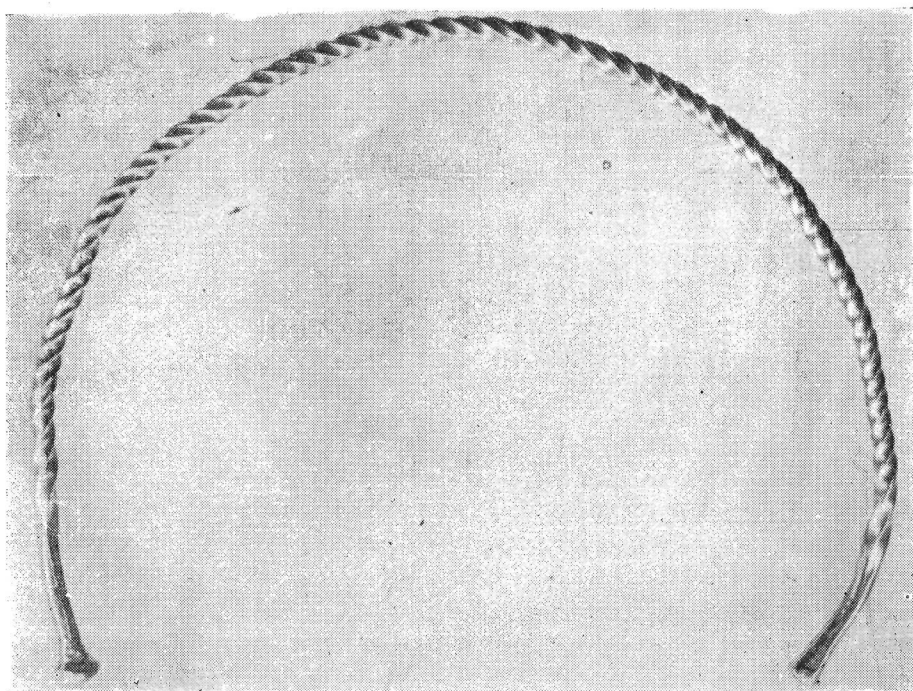


Figura 1.—Torques de oro hallado en Jaramillo Quemado (Burgos), en la actualidad en el Museo Provincial de Burgos.

El mencionado labrador cogió el torques y creyendo que se trataba de un objeto de latón, sin importancia, lo arrojó a una finca vecina. Al día siguiente pasó otro agricultor del mismo pueblo y lo volvió a tirar a la primitiva finca, ya labrada. Por segunda vez lo examinó mejor el citado Arcadio cuando fué a sembrar la finca y sospechando, por el peso y por el color, que pudiera ser de oro, lo enseñó al médico del pueblo, y fué entonces cuando lo llevó a Burgos, para venderlo a un joyero. Este estuvo a punto de fundirlo, pero un discreto soplo hizo que se pusiera en guardia el Comisario del Patrimonio Artístico en

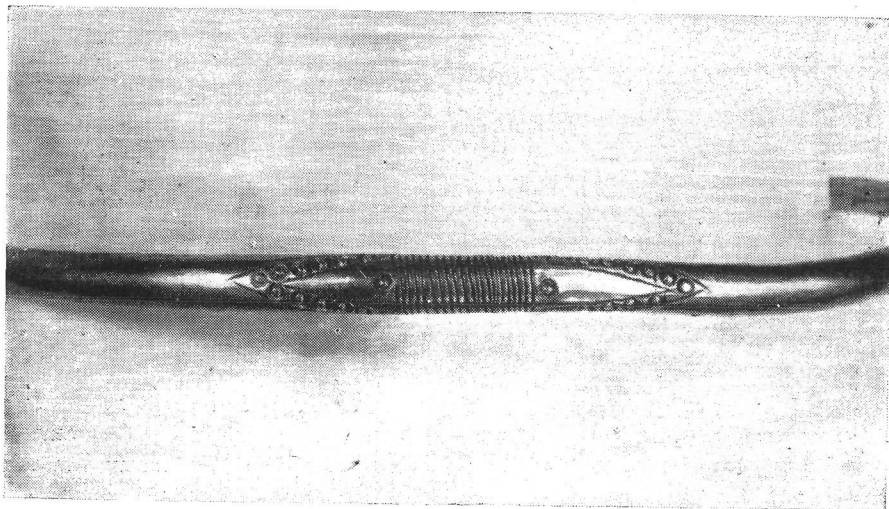
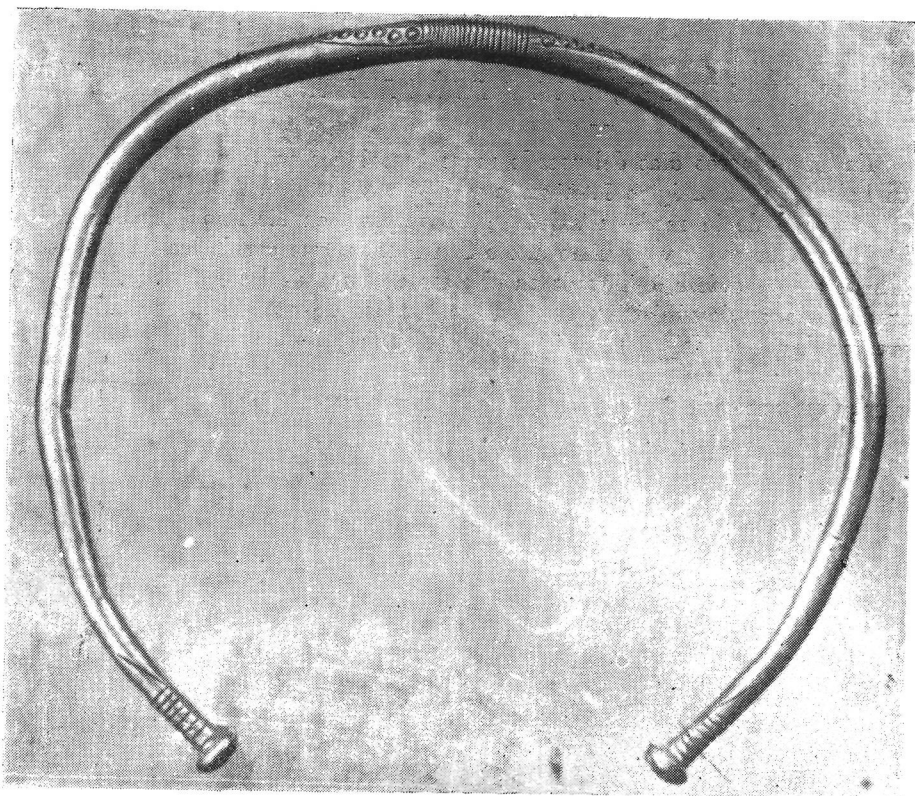


Fig. 2. — Torques de oro hallados en Jaramillo Quemado, Burgos.

(Museo de Burgos).

Burgos, don Luis Monteverde, quien con la ayuda gubernativa pudo salvar tan preciada joya.

Al día siguiente el señor Monteverde y el que escribe estas líneas, se personaron en Jaramillo Quemado, donde hicieron unas ligeras catas, sin que apareciera ningún indicio de yacimiento celta. El término donde se halló el torques se denomina *La Rasa* y la loma que lo domina, *Cabeza Badrillán*. A corta distancia del lugar del hallazgo aparecen restos romanos, posiblemente de una villa. En breve se realizarán excavaciones más amplias.

La Excelentísima Diputación de Burgos ha adquirido el torques y lo ha depositado en el Museo Arqueológico Provincial, donde se halla magníficamente instalado. El torques es sencillo, formado por una varilla de sección cilíndrica rematado en dos botones. Posee una simple decoración incisa, geométrica, de sabor hallstático y pertenece cronológicamente al comienzo de la cultura de La Tène, hallándose en relación con otros torques mucho más pobres, de bronce, del área celtibérica.

Como el hecho tuvo cierta resonancia, la vecina del citado pueblo de Jaramillo Quemado, Julia Varga, declaró que en su casa tenía guardado desde hacía seis años un objeto parecido y que sus nietas jugaban a diario con él, poniéndoselo en el cabello. Había sido hallado en el mismo lugar que el anterior.

Personados por segunda vez en el citado pueblo los señores Monteverde y el que suscribe, pudieron comprobar la veracidad del hecho, pues se trata de un segundo torques de oro, de 21 quilates y algo menos peso que el anterior, con toda la superficie retorcida en espiral. Por fortuna este segundo ejemplar (Figura 1) ha podido también adquirirse para el Museo de Burgos.—BASILIO OSABA.

EL NUEVO MUSEO ARQUEOLOGICO DE MURCIA

En la transformación que estos antiguos centros provinciales vienen experimentando de tres a cuatro lustros a esta parte, ha llegado la vez al importante Museo Murciano, que ha sido, en efecto, trasladado a un edificio de nueva planta. La instalación se debe al señor Jorge Aragoneses, actual Director del museo, y autor, asimismo, de la *Guía* aparecida meses después de la apertura de las salas, en noviembre de 1955. (Cfr. *Zephyrus* VII, 1956, 269.)

El proceso de la instalación puede seguirse en la introducción de dicha obra, donde además se hace una sucinta historia de las vicisitudes pasadas por el Museo desde su lejana fundación, en 1864.

Del conjunto de trabajos realizados para llegar al estado presente merece resaltarse la solución dada a tres graves problemas museográficos. Los dos primeros, insuficiencia de espacio y contraluces, se han resuelto con una subdivisión de los grandes ámbitos primitivos, que a la vez que ha aumentado la superficie de exposición ha dado a las paredes la necesaria oblicuidad con respecto a los ventanales. La tercera dificultad, el polvo en permanente suspensión, se ha combatido por un sistema de vitrinas, que las hace impenetrables al mismo, aunque con el inconveniente de no poderse manipular por una sola persona. Otras dificultades de exposición se han cubierto con fertilidad de soluciones, entre las cuales no es la menos importante el uso normal de soportes plásticos, cuyo empleo museográfico en España en tanta parte se debe al señor Aragoneses.

Los trabajos han alcanzado a todos los complejos servicios de un Museo moderno y han marchado a compás de la organización interior, con base firme en las precedencias de los fondos, de la que es testimonio la bibliografía que, por orden cronológico (1794-1955), recoge al final de la *Guía* las publicaciones donde se han dado a conocer piezas del establecimiento; bibliografía por cierto muy completa, aunque todavía podemos añadir —a título de colaboración con el autor— alguna ficha más relativa a trabajos de A. García Bellido ¹, de Espinosa de los Monteros ², de nosotros mismos ³.

En cuanto a la distribución de los fondos en el nuevo local han sido repartidos en once salas, con criterio sistemático flexible, respetando en su caso conjuntos de un mismo yacimiento, como los materiales procedentes de las excavaciones del Cabecico del Tesoro (sala II) y los de Aljezares y la Alberca (VII). Otras salas acogen una sección entera, como la de Prehistoria (I), con su notable colección de instrumentos líticos pulimentados o de cerámica argárica, en su mayoría de la provincia. Reflejo también regional es la sala II, dedicada a arqueología ibérica, donde se continúa la exposición del riquísimo Cabecico y se exhiben las conocidas esculturas pétreas de Albacete y Murcia. De gran interés

(1) Sobre objetos del Cabecico del Tesoro y Aljezares, *AJA* LII (1948), p. 249 y 266, f. 13 y 24.

(2) Hércules de Los Torrejones, *AE Arq.* XXIV (1951), p. 121.

(3) Busto de Jumilla (antes en el Museo, a donde debe reintegrarse). *Corona de Estudios* I (1941).

p. 83, l. V-VIII. — Cabeza del Cerro, col. Aguado, *BSE AA Vall.*, XV (1949), p. 63, l. IV, n. 12 (por errata, el grabado está trocado con el de la l. I n. 5). — Esculturas y urnas del Llano, col. A. J. González, *APL* IV (1953), p. 195, l. II, n. 1-5, y l. III n. 1.



Dos perspectivas del nuevo museo arqueológico de Murcia.

son las tres salas romanas, de artes industriales (IV), escultura (V) y la de minería (VI), que además contiene con acertado criterio las secciones de Epigrafía y Numismática de este tiempo. Los fondos expuestos en las restantes salas rebasan la época a que se ciñe esta revista.

Las láminas con que se cierra el libro, bien seleccionadas, dan idea de varios de los más representativos objetos del Museo y de la disposición de alguna de sus salas. La Guía, en fin, no desmerece de las instalaciones, ni éstas de los espléndidos fondos del Museo, que ahora, por mano de su actual Director, se incorpora dignamente a la serie de Centros de esta clase adscritos al Cuerpo de A., B, y Arqueólogos, instalados modernamente bajo los auspicios de la Dirección General de Bellas Artes.—A. FERNANDEZ DE AVILES.

Bibliografía

FUSTÉ, Miguel: *Estudio comparativo sobre la rotación de la región occipital en cráneos de Neandertal y Sapiens*. Trabajos del Instituto "Bernardino de Sahagún", de Antropología y Etnología del C. S. I. C. Volumen XV, n.º 1, pp. 1-26. Barcelona, 1956.

En la primera parte de este trabajo se ensaya la posible substitución del plano de orientación vestibular del cláneo, utilizado por Delattre para estudiar el movimiento de báscula de la región posterior del mismo que acompañó a la adquisición de la postura erecta, por otro más o menos equivalente, relacionable con elementos exocraneales y aplicable, por tanto, al estudio de cráneos fósiles. Utilizando este método se estudió el citado movimiento de báscula en los cráneos neandertalenses, lo que permitió comprobar una marcada diferencia entre los denominados neandertalenses "clásicos" y el hombre actual. Esta diferencia se relaciona con la mayoría de los rasgos diferenciales entre ambos grupos y la menor rotación de los primeros, parece constituir la clave para la interpretación de la morfología global del cráneo neandertalense. En cuanto a los denominados "pre-neandertalenses", anteriores a la glaciación de Würm, ocupan, en lo que a la rotación de la región posterior del cráneo se refiere, una posición intermedia entre los grupos antes indicados, lo que concuerda con la posición sistemática, cronológica y filogenética de los mismos.

Por cuanto se ha indicado, constituye el trabajo que comentamos una interesante aportación al estudio de la morfología del cráneo del *Homo neandertalensis*.—J. P.

FUSTÉ, Miguel: *Morfología cerebral de un ejemplar neandertalense, procedente de la cueva de la Carigüela en Piñar (Granada)*. Trabajos del Instituto "Bernardino de Sahagún", de Antropología y Etnología del C. S. I. C. Vol. XV, n.º 1, pp. 27-39. Barcelona, 1956.

El trabajo que comentamos está dedicado al estudio del molde intecraneal de un ejemplar juvenil del *Homo neandertalensis*, descubierto en la Cueva de la Carigüela Piñar (provincia Granada). En el citado molde, limitado a la región frontal, concurren todos los principales rasgos morfológicos característicos del encéfalo neandertalense, como son la platiцеfalia, en relación con la platicefalia propia del cráneo de este tipo fósil, el menor desarrollo relativo de los lóbulos frontales respecto al propio del hombre actual, y la presencia de un "pico" encefálico muy desarrollado, en correlación con la acusada concavidad de la cara orbitaria de los lóbulos frontales y la gran profundidad de la fosa etmoidal.

En particular, el estudio de los accidentes de la corteza cerebral permite al autor sentar la conclusión de que la disposición de los surcos del cerebro en cuestión —como ocurre igualmente en los demás neandertalenses estudiados desde este punto de vista—, no difiere esencialmente de la propia del hombre actual. Finalmente, el estudio del relieve de la cara orbitaria, en la que precisamente éste se acusa con mayor nitidez, contradice la opinión sostenida por algunos autores, de que las circunvoluciones del encéfalo neandertalense tengan un aspecto más tosco que la del hombre actual.—J. P.

JONS, José: *Análisis de las relaciones pielotrópicas entre distintos caracteres dermopapilares*. "Genética Ibérica", Vol. VIII, número 3-4, pp. 117-132. Madrid, 1956.

En este trabajo se analizan algunas características genéticas de las líneas papilares, señalando en primer lugar las más notorias ventajas que para este cometido presentan. Después de estas consideraciones preliminares el autor atiende como principal objetivo de este trabajo al grado de interdependencia entre los distintos caracteres dermopapilares, mediante el cálculo de los correspondientes coeficientes de correlación. Comprueba que las distintas configuraciones dermopapilares no son completamente independientes, sino que entre algunas áreas existen relaciones estadísticamente significativas. Pero, dejando aparte la magnitud de la correlación existente entre estas áreas, cuyo alcance analiza, es cierto que la mayoría de los caracteres dermopapilares se comportan unos con otros con notoria independencia, lo cual dista de constituir un inconveniente, ya que, cuanto mayor es la independencia entre los distintos caracteres, tanta más información suministra cada par individual de impresiones dermopapilares.—M. F.

FUSTÉ, Miguel: *El elemento racial dinárico-armenoide en el Levante español, durante el período Eneolítico*. Trabajos del Instituto "Bernardino de Sahagún, de Antropología y Etnología del C. S. I. C. Volumen XV, n.º 1, pp. 45-63. Barcelona, 1956.

Después de estudiar un cráneo procedente de una cueva sepulcral eneolítica, situada en la ladera del Castillo de Chiva (Valencia), en el que concurren los rasgos más característicos del tipo racial armenoi-de o dinárico-armenoide, el autor resume los datos que en la actualidad se conocen referentes a la presencia del citado elemento en la Península Ibérica y en el Mediterráneo occidental. La posición marginal de los yacimientos donde aparece este tipo sugiere la procedencia del mismo por vía

marítima, probablemente a partir del Próximo Oriente.

Se indica a continuación la probable relación de este elemento con los braquicéfalos planoccipitales, que se expansionaron por Europa central coincidiendo con la difusión del vaso campaniforme. En lo que a España se refiere, concluye el autor que, contrariamente a la opinión expresada recientemente por algún autor extranjero, carece en la actualidad de todo fundamento la hipótesis que pretende que fueron elementos braquicéfalos planoccipitales los que a partir de España difundieron por Centroeuropa el citado elemento cerámico.—J. P.

OGAM: *Tradición céltica. Historia, Lengua, Arqueología, Religión, Numismática*. Tomo VIII, Fasc. 3, Vol. 1, 1956; 94 páginas, 25 figuras, 15 láminas.

Este volumen de Ogam está consagrado al Magdalensberg, localidad situada al Norte de la capital de Carinthie (Klagenfurt), en las proximidades de la antigua capital de la provincia romana del Nórico, Virunum.

Es magdalensberg el lugar del hallazgo de la estatua del "Jeune Homme du Magdalensberg", lugar de preponderancia política y religiosa, según demuestran las excavaciones allí realizadas, interesantes para la Arqueología en general y para los estudios célticos en particular. En efecto, estas han hecho posibles los trabajos de esta publicación.

Es el primero el de Rudolf Egger, profesor de la Universidad de Viena, "A propos de deux armes des celtes orientaux", basado en una escena grabada sobre hueso, que representa la captura del jefe de una tribu de los Alpes por los soldados romanos.

Aparecen un escudo oblongo, sin duda exagonal, de origen céltico, y dos elementos idénticos, uno junto al otro, consistentes en mango corto y una corona de siete dientes, ligeramente encorvados hacia atrás. Tal arma, según cree Egger, deja ver un origen campesino por su semejanza con el

rastrillo y otros elementos típicos de este tipo. En cuanto al nombre, parte de la tradición literaria, tan llena de contradicciones, según la cual puede ser considerada como: un arma arrojadiza, o bien como una espada. Pasa por ser, respectivamente, céltica o germánica, y tiene por nombre Cateia.

Se plantea luego Egger la cuestión de si los habitantes célticos del Nórico conocían también el hacha de guerra y la resuelve afirmativamente, fijándose en la representación con esta arma del dios de la guerra, Latobius, venerado en las montañas de Magdalensberg.

A continuación, en una nota adicional, expresa Egger su conformidad con la opinión de M. Christián Guyonvarch, que ve una posible relación entre el arma representada en el grabado y la *gae-bulga* irlandesa. Tal relación viene a confirmarla en el *Addendum* siguiente, basándose en un relato de la literatura épica irlandesa, que habla de la *gae-bulga*, arma que llevaba el vencedor.

Un segundo trabajo es *La civilisation et L'Art Celtique en Carinthie*, de Hedwid Kenner.

Hace Kenner en primer lugar referencia a la situación, lengua y expansión del pueblo celta, así como también a las fuentes, para su estudio.

Tenemos a continuación un estudio detallado y concreto de los celtas de Carinthia, basado en las excavaciones y fuentes literarias.

Nos da Kenner una serie de nombres de tribus de Carinthia: Tauriscos Noricos, Carinthios y Latobices, no conocidos antes del s. III, antes de C., a juzgar por los objetos allí descubiertos y gobernados por príncipes aislados hasta fines del s. II y comienzos del I, en que el rey del Nórico fundó un imperio bastante considerable: el reino Nórico.

El culto a la cabeza, instaurado en casi todos los pueblos célticos, supone Kenner fuera también practicado en Carinthia. Prueba de esta creencia en el valor humano total de la cabeza son ciertas estelas y monumentos funerarios, que nos cita.

De la crueldad céltica, tan frecuentemente mencionada por autores de la antigüedad, no queda ninguna huella en el Nórico, pero debió existir porque a la llegada de los romanos se publicaron edictos contra los ritos bárbaros y creencias supersticiosas.

Además de luchas de gladiadores y combates de animales, practicaban la caza, siendo muy célebre en la antigüedad la raza de perro céltico.

En cuanto a la familia y clases sacerdotales, Kenner dice que en nada se diferencian de los demás celtas, y lo mismo en ideas religiosas, probado el culto a la luna por dos inscripciones celto-romanas, encontrada una en Magdalensberg, así como también una "fíbula" en forma de media luna.

HERMANN, Vetters: *A propos des oppida celtiques contribution à l'étude des caractères de l'implantation des celtes.*

Nos da aquí Vetters un estudio detallado sobre la evolución del término *Oppidum* entre los itálicos. De lugar fortificado, que constituía un refugio, una barrera, pasa a designar una villa fortificada, cambio que se operó en el S. muy pronto, bajo el efecto de la influencia griega y etrusca.

Señala luego sus características y establece una diferenciación entre *oppida* nacionales y provinciales, cuya diferencia no es otra que su magnitud y grado de fortificación.

Un segundo estado de evolución de que nos habla es el cambio en la posición jurídica del establecimiento, cambio consistente en una independencia de la federación y en la constitución de un estado distinto, llegando a concluir que bajo las tres formas aparecían los *oppida* célticos en todo el dominio habitado por los galos.

Según la disposición y aspecto técnico, distingue Vetters dos categorías: los *oppida* de cornisa y los de cúspide, casi siempre sobre las montañas. Como ejemplo de este último tipo nos describe minuciosamente e ilustra con una serie de figuras los de *Heiligenberg* y *Altenburg*.

Por el mismo procedimiento, a base de descripciones ilustradas, hace referencia al de *Mechelsberg, Nilderburg, Zarten* y *Tarodunum*, ejemplos de *oppida* de cornisa.

A continuación trata del gran muro circular de *Manching*, con una figura que nos permite ver claramente su reconstrucción, coincidiendo con la relación hecha por César en el libro VII De Bello Gálico, sobre los muros célticos. El resultado de las excavaciones de *Manching* permite, a juicio de Vetter, resolver muchas dificultades del texto, hasta ahora no puestas en claro.

De acuerdo con el texto de César hace seguidamente una exposición de los *oppida* de Francia, mayores siempre que los de Alemania: *Bibracte, Gergovia*, poniendo *Beuvray*.

Aborda, finalmente, la cuestión de lo que los celtas han recibido de los extranjeros, destacando el papel predominante de *Masalia* como difusora de la cultura mediterránea, y a la fortaleza de los Mediomatres sobre el Mont Ste.-Odile, como principal reflejo de estas influencias.

Se cierra esta publicación con la parte dedicada a *Numismática: Bulletin de numismatique celtique, XIV. Notule de Numismatique celtique, 25. Notes Sur le Monnayage épigraphe du norique. A propos de la Trouville de St. Peter im Holz.* por J. B. Colbert de Beaulieu.

Se trata de diecinueve monedas de plata, que representan la mayor parte de un hallazgo de treinta, depósito de monedas que ha sido objeto de diferentes publicaciones en Austria.

El peso de estas monedas, cuyo estudio filológico se nos promete para el segundo volumen oscila entre nueve y diez gramos para los tipos de leyenda *eccaio*, *suicca*, *atta* y *nemet*. Parece inferior y varía entre los ocho y diez gramos para las monedas de la leyenda *adnamati*.

Después de darnos el catálogo de ellas trata de su atribución, opinando que pertenecen a los pueblos de lo que los romanos llamaron el Nórico Interior, frente a la creencia del siglo pasado, que las atribuía a los Boii de Transpadana.

Un segundo estudio numismático lo

constituye: 26.—*Eccaios et eccaio. A propos d'une legende monetaire comune aux celtes de gaule et du norique.*

Son estas monedas de bronce, con un peso de dos o tres gramos, y presentan dos tipos diferentes, cuyos catálogos se nos dan a continuación.

Finalmente, una nota bajo los epígrafes siguientes: 27.—*Circulación des monnaies du norique.* 28.—*Universalite et esoterisme de l'art des celtes ou deformation du type grec?* Ambas comentan una moneda de plata descubierta en el Devonshire, interesante por la curiosa disposición de los miembros de un caballo que figura en el reverso, del mismo carácter que la pieza de plata hallada en el castillo de Freudenberg, en Carinthia.—ANTONIA SANTOS.

J. FILGUEIRA VALVERDE y GARCIA ALÉN: *Carta arqueológica de la provincia de Pontevedra.* "El Museo de Pontevedra" VIII, entregas 29-32. Pontevedra, 1954-56. (Apar. 1957). 246 pp., XLIV lámns.

En el III Congreso Arqueológico Nacional de 1953, la visita al Museo de Pontevedra causó honda impresión, no sólo por la labor museística y la riqueza intrínseca de sus fondos, sino porque la comunicación presentada por el director del Museo equivalía en realidad a una Carta arqueológica de la provincia, que mostraba el largo camino recorrido ya en la investigación provincial. De hecho se anunció la aparición de esta Carta, que se publica ahora como número extraordinario del boletín del Museo.

Pretender descubrir la riqueza arqueológica de Pontevedra equivaldría a descubrir el Mediterráneo, pero no deja de causar gran sorpresa el manejo de esta Carta, por el volumen de la misma. Esta se diferencia en su estructura, de otras Cartas españolas, en que los diversos yacimientos se inventarían por culturas y dentro de ellas alfabéticamente. Frente a evidentes ventajas tiene el grave inconveniente de que se encierran en moldes dogmáticos, materiales y yacimientos, cuya verdadera filiación habrá

de discutirse cuando sean mejor conocidos.

La totalidad de las citas se distribuye en períodos cronológicos (Paleolítico, Neolítico, C. dolménica, Edad del Bronce, Petroglifos, Protoibérico e Ibérico (?), Roma, Baja romanidad, paleocristiano y suevo). Al frente de cada sección aparece un mapa con las localidades reseñadas.

Del análisis de las distintas secciones se deduce de modo claro el proceso cultural de Pontevedra. Destaca en primer lugar el enorme peso de su geografía, de sus recorridas costas y rías y de su valor económico. Vemos en primer lugar la densidad de hallazgos de bifaces, que constituyen una industria que, arrancando de estadios evolucionados del achelense, continuaron durante milenios posiblemente paralelos al desarrollo de las culturas del paleolítico superior de otras zonas, quizás hasta el neolítico.

El desarrollo de la cultura megalítica está claramente determinado por dos factores: las prospecciones mineras y las navegaciones. Aunque pobres en hallazgos, los dolmenes pontevedreses se enlazan fácilmente con otros núcleos occidentales. Pero destaca en seguida la gran densidad de población, que adquiere el territorio favorecido por el avance del clima subboreal. Esta densidad y las relaciones marítimas con las costas del bajo Tajo, marcan el destino de su población hasta su momento inmediato anterromano.

Con la metalurgia del bronce la cultura provincial alcanza su zenith, pues se convierte en zona exportadora por excelencia y puerta de salida del metal del interior. Cierta que en la tipología inicial de sus bronces se aprecian modelos europeos occidentales, pero se crean otros nuevos y Pontevedra se transforma en centro creador y exportador de primer orden, que recibe a su vez, por vía marítima, otros elementos y tipos. Gracias a este comercio se explica la gran afluencia de oro en el país, bien patente en los grandes conjuntos de Caldas de Reyes, Golada, etc.

Sin duda el florecimiento de ese gran círculo exportador de bronce persiste en

una época que en otras zonas de la Península se hallan en pleno florecimiento cultural de la Edad del Hierro y desde luego paralelo al desarrollo tartésico meridional, que será sin duda su mejor cliente. A su vez, constituye un foco de atracción de las poblaciones interiores de la alta Meseta, que en definitiva habrán de celtizar en baja época este territorio. Constituye, pues, la publicación de esta Carta, un elemento de trabajo de primer orden para la solución de los problemas que la arqueología peninsular tiene planteados, relativos principalmente a la Edad del Bronce y a las etapas posteriores.—J. M. DE M.

CLES-REDEN, S.: *Les Etrusques*. Arthand 1955. XIII + 230 páginas, 81 figuras, 18 croquis y un mapa; prólogo de M. Brión.

La etruscología es una ciencia que está al presente de moda; ello se debe a la publicación de un número elevado de libros sobre los etruscos y al interés que esta ciencia tiene. Incluso los investigadores de esta materia últimamente se han dedicado a producir trabajos encaminados a divulgar entre el gran público de moda agradable, en páginas desprovistas del aparato bibliográfico y de los problemas más espinosos, las aportaciones más ingestivas a las que ha llegado la ciencia. A este fenómeno de la vulgarización de la ciencia, que se observa no sólo en la etruscología, sino en la totalidad de las ciencias en ella se agrava por la fascinación y atractivo que ésta ejerce entre los lectores.

El libro de Cles-Reden es un volumen dedicado no a los estudiosos, sino al gran público interesado por los problemas históricos. En XV capítulos trata la autora los aspectos más interesantes del problema etrusco: como el misterio etrusco, la necrópolis de Caere; Tarquinia; La religión de los etruscos; Cosa, puerto tirreno; Veies rival de Roma; Los vasos con cabezas de hombre de Ciusi; La ultratumba etrusca y el cristianismo, etc., etc. El libro de Cles-Reden responde a la misma concepción y estructura que la "La Civilización etrusca",

de Pallottino, sin llegar a ella. Es de lectura amena y agradable, pero poco profundo para el medianamente iniciado en el tema. Si hubiera entremezclado algo más el aparato bibliográfico y hubiera descendido a la discusión de algunos aspectos concretos planteados por el mundo etrusco, se hubiera evitado esta impresión de superficialidad que la lectura de las páginas produce en el lector. Pese a esta ligereza de los capítulos, debida a la clase de lectores a los que se dirige el texto, el libro de Cles-Reden da una idea relativamente completa y exacta del mundo etrusco y toca los distintos puntos verdaderamente significativos y originales de este pueblo. Está magníficamente presentado. Las reproducciones son excelentes y abundantes, con relación al tamaño del libro. Ellas avaloran el contenido del texto. Están muy bien seleccionadas, pues son significativas y muchas no son las generalmente reproducidas. El cometido que se propuso la autora, al escribir este libro, está conseguido ampliamente.—J.^a M.^a BLAZQUEZ

PALLOTTINO, M.: *Mostra dell'arte e della Civiltà Etrusca*. Milán, 1955, páginas XVII + 155, láminas CXII, mapas 2.

Pallotino, con la colaboración de un grupo de investigadores, ha preparado este catálogo de la gran exposición de Arte y de la Civilización etrusca que hubo en Milán y que posteriormente recorrió varias naciones de Europa. Este volumen es un magnífico ejemplo de catálogo de una exposición o de un Museo. Se sigue en él el orden de las salas expuestas en Milán, en número de dieciséis, ordenadas por orden cronológico. En total se catalogan 537 objetos diferentes. Cada sala ya de por sí tenía cierta unidad de tema y de tiempo (Sala 1, plástica protoetrusca; sala 2, cerámica protoetrusca; bronce y esculturas del primer arcaísmo, etc.), razón por la cual el catálogo de los objetos de cada sala está encabezado por una breve y enjundiosa síntesis del período al que pertenecen las piezas y por una descripción de sus características. De cada objeto se ha hecho una ficha,

en la que se ha incluido, además de la descripción del objeto, un breve estudio de su parentesco con otras piezas, su importancia y peculiaridades. Uno de los grandes aciertos del catálogo estriba en el hecho de dar toda la bibliografía de cada objeto, por lo que el lector, si se interesa por estos temas, puede ampliar sus conocimientos sobre una determinada pieza; incluso en la introducción que precede a la descripción de los objetos, se da igualmente la bibliografía sobre el determinado período y se tratan las características de los objetos en general. Una nutrida serie de láminas, magistralmente reproducidas, valora el catálogo. Las láminas están elegidas con gran acierto, pues los objetos seleccionados son los verdaderamente significativos. En una segunda parte, en veinte páginas, toca brevemente los aspectos interesantes y significativos de la civilización etrusca, ya que el catálogo quiere ser una muestra lo más completa posible de la civilización etrusca y así en estas páginas se estudian muchos aspectos particulares de la vida de este pueblo: economía, casa, música, danza, teatro, vestido, religión, vida de ultratumba, lengua. Todos ellos se tratan brevemente, indicando en cada uno de ellos los aspectos particulares del pueblo etrusco. Dos mapas acompañan al texto.

Repetimos que este catálogo puede considerarse modelo en su género.—J.^a M.^a BLAZQUEZ.

VACANO, O.: *Die Etrusker Werden und Geistige*. Stuttgart, 1955; páginas, 467; láminas, 144; figuras, 100.

En un subtítulo que el autor ha puesto a su libro "Mundo espiritual y material", ya se anuncia el contenido del mismo. En seis capítulos Vacano toca los puntos más significativos e interesantes de la vida etrusca, con el estudio del medio geográfico, económico, social y político, en que vivió aquel pueblo. El libro de Vacano es de una gran amenidad. El cuadro que traza del mundo etrusco, tanto en el aspecto espiritual como material, está ejecutado

con gran rigor y realismo. La originalidad de Vacano consiste no tanto en una interpretación revolucionaria de los etruscos, pueblo hoy día de moda entre los estudiosos, sino más bien en presentar, con datos bien conocidos, una visión completa del problema etrusco, abrazando los más diversos aspectos, de modo que el lector llega a adquirir una idea de conjunto y ver con claridad los aspectos en los que los etruscos fueron verdaderamente creadores. Vacano ha manejado una bibliografía que no dudamos en considerar exhaustiva. El conocimiento que el autor muestra de los autores que han investigado los diversos puntos del problema etrusco, es realmente asombroso. La abundancia de bibliografía no impide al lector seguir sus páginas con gusto y sin cansancio. Como dije, la interpretación de Vacano de los etruscos no es revolucionaria, ni plenamente original, pero tiene el mérito de establecer de manera clara los aspectos de su cultura en que los etruscos fueron originarios. Ciento cuarenta y cuatro láminas, con unas reproducciones de los objetos verdaderamente magníficas, aumentan el mérito del libro. Se han seleccionado las diversas piezas, reproduciendo únicamente las más significativas. Se da en un apéndice toda la bibliografía de cada uno de los objetos. El autor considera auténtica la Diana de Civiltà Castellana (lámina 52), que fecha en el siglo V. a. C. Pallottino se inclinaba a considerarla una falsificación (en *Acta Archeológica* VI, fasc. I, 1954, 1733). En realidad la terracota tiene un aire bastante sospechoso, pues presenta unos plenos muy pronunciados que no se dan en el Apolo de Vejo, datable poco más o menos en la misma época. Ojeando las láminas se ven figuras de bronce en las mismas actitudes que las ibéricas; recordemos la dama enterrada en su mantón, de la figura 65, bronce gemelo de una dama procedente de Despeñaperros.

Sin duda estos bronce etruscos fueron los que inspiraron a J. Martínez-Santallana en su interpretación de un bronce de Despeñaperros, al que considera etrusco (en *ACFABM*, II, 1934, 163 ss.). Este pa-

rentesco tan próximo entre piezas etruscas e ibéricas obliga a realizar un estudio profundo de los exvotos ibéricos en relación con los de otras regiones del Mediterráneo y a plantear de nuevo el problema de la cronología de los santuarios ibéricos. El análisis de estos bronce llevaría seguramente a admitir la fecha que propone Maluquer para el momento en que empieza la construcción de este santuario (*Rev. de Guimaraes*, LXII, 1952, 233 ss.). La lámina 132 reproduce un buquero, con la particularidad interesante para el estudio de la religión hispánica, de que aparece la representación de una cabeza de toro unida a peces, como sobre un vaso de Numancia (A. Schulten, *Numantia II*, láms. XXIV-XXV). Este tipo de representaciones se da también en otros vasos de Numancia (A. Schulten, *op. cit.* XIII). El vaso reproducido en la figura 40 presenta la particularidad de tener pintado un caballo con una rueda solar encima, que podía ser un lejano precedente al trymiaterion de Calaceite.

El libro de Vacano lleva cien dibujos a pluma intercalados en el texto y tres láminas, con lo que el material fotográfico es realmente grande, comparado con el tamaño del texto. En la figura 94, que representa una urna del Museo de Perugia, nos parece muy discutible que se refiera al relato del monstruo Olta. Nosotros propusimos en la revista *Ampurias*, número XIX, 1957, otra interpretación; la escena es de difícil interpretación y comunmente se viene admitiendo como representación de Olta.—J.ª M.ª BLAZQUEZ.

LULLIES, R.: *Griechische Plastik von der Anfängen bis zum Ausgang des Hellenismus*. Munich, 1956; páginas 31 + 92, láminas 264.

El libro de Lullies responde a un tipo muy de moda en toda Europa. Unas magníficas reproducciones seleccionadas escrupulosamente dan pie al autor para trazar en unas páginas de introducción una síntesis de la plástica griega, síntesis necesaria al lector para ojear con fruto las estampas dan fotografías de las piezas, tomadas la

mayoría de ellas al aire libre, lo que constituye uno de los mayores aciertos del autor, pues el lector logra una visión de las cualidades artísticas mucho más exacta que en las fotografías sobre fondo oscuro. Las piezas están reproducidas a un tamaño tal que el lector obtiene una completa idea del estado del mármol hasta en los pormenores más insignificantes. Se describe y explica cada pieza y se añade toda la bibliografía correspondiente a cada una de ellas. En estas explicaciones es donde aparece con mayor claridad el dominio de Lullies sobre la plástica griega, dominio que hace que el libro no se haya convertido en un mero catálogo de fotografías, magníficamente realizadas. El lector que siga atentamente las explicaciones que de cada pieza da el autor, obtendrá una idea completa de la evolución de la plástica griega, al mismo tiempo que de las peculiaridades de cada escultura. En realidad lo que Lullies hace es una ficha de contenido muy denso, que permite, a través de las piezas cumbres, seguir el desarrollo del arte griego. Las explicaciones de cada escultura son muy minuciosas, dentro de la sobriedad que exigen trabajos de este género. Se dedican tres columnas, por ejemplo, al gran friso del Altar de Pérgamo y se intercala una figura sobre la planta del edificio. Están señalados todos los datos precisos, sin que pueda quitarse ni ponerse una sola línea.—J.^a M.^a BLAZQUEZ.

BAJET, J.; VILLARD, F.; HERZFELDER, I.: *Sicile Grecque*. París, 1955, páginas 334, láminas 258.

El valor mayor de este libro reside en las reproducciones, realizadas por Georges y Valentine de Miré, con gran perfección. El arte griego de Sicilia presenta la particularidad de poderse estudiar en el mismo escenario geográfico en que se desarrolló, con un marco muy semejante al que conocerían los griegos que levantaron estos monumentos. El libro da al lector, por un lado, una idea exacta del estado en que se encuentran hoy día estos monumentos y piezas, y por otro, del marco geográfico en que están

colocados, pues una gran mayoría de las fotografías incluye los templos, con sus alrededores. Las explicaciones de cada lámina o de los grupos de láminas que forman una unidad artística, obra de F. Villard, son completamente esquemáticas: no son más que unas notas que sitúan al lector y no pretenden en ningún momento ser una ficha de las cualidades artísticas de cada pieza, como hizo, por ejemplo, Lullies en *Griechische Plastik*; por ello el elemento que valora el libro son las reproducciones, en las cuales se puede observar perfectamente, dado su gran tamaño, el estado de conservación del mármol y el acierto en la fotografías de los escenarios geográficos en los que este arte se desarrolla. Más explícito es el comentario numismático de H. Herzfelder, que explica, también con brevedad, veintiuna piezas, consideradas claves. J. Bauet, en el prólogo, traza en breves pinceladas la historia de la isla.—J.^a M.^a BLAZQUEZ.

HAUFMANN, G.: *Etruskische Plastik*, Stuttgart, 1956. 16 págs., 48 láms. y 56 figs.

El libro de Haufmann, sobre la plástica Etrusca, forma parte de la colección *Die Sammlung Parthenon* y posee la misma estructura que los restantes de la colección, en la que han aparecido ya, referentes al arte antiguo, un volumen dedicado a la plástica egipcia, del que es autor R. Anthes, y otro a la griega, debido a la pluma de W. Schuchhardt. El libro de Haufmann no está dedicado a los especialistas, es un volumen dirigido al gran público estudioso del arte, tanto antiguo como moderno. Tampoco es un estudio de toda la plástica etrusca, de su desarrollo y de su evolución; el autor centra su análisis en algunas piezas, que son como el exponente del arte del pueblo etrusco. Haufmann ha elegido bien las figuras, algunas de las cuales no son corrientemente reproducidas, a pesar de su calidad artística, como el magnífico prótomo de caballo reproducido en la lámina XLVIII, imitación de prótomo equinos, pintados en vasos áticos de figuras negras, creación posible del pintor

de la Gorgona. Todas las láminas están magníficamente reproducidas; ello constituye uno de los valores del libro, ya que el texto, por la misma estructura del volumen, no es un análisis profundo de la plástica etrusca y de su evolución, sino unas cuantas ideas, que sirven para que el profano ojee las láminas con provecho y se oriente dentro del arte etrusco. El texto está dividido en dos partes: la primera de las cuales es una síntesis breve del etrusco, basada en las figuras del libro; en la segunda se explican sucintamente las distintas figuras de las láminas. Lástima que no se dé toda la bibliografía de cada pieza, con lo que el libro sería útil incluso para los técnicos.

Etruskische Platin, de Haufmann, es un aliciente para lecturas ulteriores sobre el tema; pertenece a un tipo de libro muy en boga al presente, que no son análisis de los problemas, ni estudios dedicados a los especialistas, sino unos cuantos datos y muestras de alguna de las otras cumbres del arte de los distintos pueblos.—J. M.^a B.

J. D. BEAZLEY: *Attic Black-Figure Vase-Painters*. Oxford, 1956. Páginas XXI 851.

El viejo profesor de la Universidad de Oxford sigue produciendo libros tan sensacionales, fundamentales y definitivos, como el que ahora nos ocupa. Con él corona toda una vida y una serie numerosa de estudios, profundos, consagrados a la investigación de la cerámica griega. Beazley es el gran sistematizador de la pintura de los vasos griegos. La precisión con la que hoy podemos fechar un vaso griego la debemos principalmente a sus numerosos estudios, que permiten datar una pieza, frecuentemente, con un error de diez años. El libro que acaba de publicar la Editorial de Oxford es gemelo del publicado hace ya varios años, sobre figuras rojas (*Attic Red Figure Vase Painters*. Oxford, 1942). La mejor alabanza que se puede hacer de este volumen es decir que constituye la obra básica para cualquier investigador del tema. Desde el momento de su aparición,

para estudiar cualquier vaso ático de figuras negras, será necesaria la consulta de este libro; es un gigantesco *corpus* de todas las piezas de cerámica ática, de figuras negras conservadas. Todas están catalogadas en él y descritas brevemente así, como toda la bibliografía referente a cada pieza y clasificadas atendiendo a la forma, cronología y autor. El trabajo que esta obra representa es verdaderamente abrumador, y es natural, puesto que da cima a toda una vida de trabajo intenso sobre la materia. Este libro sólo ha sido posible gracias a las minuciosas y continuas investigaciones, por las que Beazley ha llegado a una individualización de los artistas y talleres, verdaderamente asombrosa. El manejo del libro es sencillísimo, gracias a los magníficos índices de que dispone. Se puede encontrar fácilmente cualquier pieza, conociendo su procedencia, el número del Museo, el tema, la publicación en la que fué dada a conocer, o el pintor que la decoró. Con ello este volumen es imprescindible para cualquier trabajo sobre cerámica ática de figuras negras, pues con su lectura se facilita enormemente la investigación sobre cualquier pieza, ya que proporciona los paralelos, bibliografía, cronología, características, etc... Más aún: sin recurrir a él, cualquier trabajo posterior sobre la materia resultará, posiblemente, incompleto. El libro sigue la misma estructura que el referente a la cerámica de figuras rojas, siguiendo un orden cronológico de pintores y talleres, ordenando dentro de los mismos las piezas por formas cerámicas. Beazley es en su trabajo de una honestidad tal, que cuando ignora un dato o no le ha sido posible hallarlo, lo confiesa él mismo. (Pág. 16.)

El libro de Beazley inmortaliza por sí solo a su autor y no perderá actualidad con los años.—J. M.^a BLAZQUEZ.

TRENDALL, A. D.: *Vasi dipinti del Vaticano, Vasi italiani ed etruschi a figure rosse*. Fasc. II. *Vasi Apuli da circa il 375, a. C. alle figure rosse. Cerámica di Gnathia. Vasi etruschi a figure rosse. Vasi con*

decorazione in colori sopraposti e vasi decorati con motivi geometrici e vegetali. Ciudad del Vaticano, 1955. Páginas VII + 192 láminas XXXIX y 38 figuras.

Con este segundo fascículo se completa la publicación de los vasos no áticos actualmente expuestos en la sala VIII del Museo Gregoriano. En él Trendall ha acometido el estudio de la última fase de la producción de vasos apulios (desde el año 375 en adelante) y de los vasos etruscos de figuras rojas, así como los vasos decorados con colores superpuestos, ya se trate de la técnica llamada de Gnatia, ya de imitaciones de la pintura de figuras rojas. Finalmente el profesor australiano aborda el estudio de ciertos vasos que no se clasifican en ninguno de los anteriores apartados. El libro de Trendall es fundamental para el estudio de todas estas cerámicas, pues la última fase de la pintura apulia de vasos no se ha estudiado hasta el presente a fondo y no es posible atribuir a un pintor concreto la mayoría de las piezas.

Por este motivo este libro del profesor australiano significa un gran avance en el conocimiento de estas cerámicas, ya que se agrupan los vasos cuando es evidente que se trata del mismo artista o que son vasos que presentan afinidades estilísticas. El autor no ha hecho un catálogo de los vasos existentes en el Museo Gregoriano, sino que tomando por base la cerámica existente en este Museo, acomete la clasificación de toda la cerámica de este género. En este aspecto este *Corpus* se diferencia profundamente de los restantes. Este volumen es no sólo un *Corpus* de vasos, sino el primer intento de sistematizar la cerámica de un período determinado y cada género. El libro de Trendall es un análisis minucioso de las cerámicas itálicas del s. IV, a. Cristo en adelante. El tema, en realidad estaba virgen; Trendall ha introducido el orden donde hasta ahora sólo existía el caos.

La estructura y características de este segundo fascículo son las mismas que las del primero. Trendall comienza siempre el análisis y clasificación de cada vaso con unas páginas introductorias, que constitu-

yen una síntesis breve y jugosa del período en que la cerámica se produce. Después se analiza minuciosamente cada pieza; es aquí donde Trendall manifiesta su profundo dominio del tema. Su análisis minucioso de cada vaso le permite agruparlos por artistas y por talleres. El autor no sólo estudia los vasos del Museo Gregoriano, sino que hace continuas comparaciones con piezas de otros museos, con lo que este volumen se convierte en un verdadero tratado de una etapa completa de la producción de cerámicas itálicas. Una serie de índices, de vasos, de láminas, de autores y talleres, avaloran y facilitan el estudio; el libro se maneja fácilmente. Las figuras, tanto las intercaladas en el texto, como las de las láminas, están muy bien reproducidas. La presentación del volumen es muy cuidada.—J.^o M.^o BLAZQUEZ.

LERENO BARRADAS, A: *Vías romanas das regiões de Chaves e Bragança.* Revista de Guimaraes. Vol. LXVI, n.º 1-2. Enero-Junio de 1956, 160-238.

Comienza el artículo con una serie de consideraciones acerca del trazado y construcción de las vías romanas, procedimiento para indicación de distancias y evolución de las columnas desde simples marcos, hasta llegar a los grandes miliarios, cuyos restos ofrecen, además del nombre del emperador, una serie de antepasados divinos y multitud de títulos triunfales.

Hace hincapié el autor en la poca importancia de las mansiones, dado los escasos restos que han dejado y la dificultad de localización, concediendo supremacía sobre ésta a los campamentos de los campos mineros.

En un segundo apartado nos habla de las vicisitudes experimentadas por las calzadas a lo largo del tiempo, para entrar seguidamente en el estudio del esquema viario.

Señala Loreno Barradas el paso por Chaves, donde el itinerario de Antonino sólo cita la vía Bracara-Asturicam, de tres calzadas. Aparte de la mencionada por el itinerario, admite la existencia de una se-

gunda vía, que cruzaría Chaves en sentido N. O. - S. E. En ella no acepta el tratado tradicional Padrón, Orense, Verín, Chaves, que pondría en comunicación el N. O. de la Península con las regiones del otro lado del Duero, indicando la posibilidad de un camino más recto, que evitaría la vuelta por Verín, pasando entre Sanjurjo y Bustelo, donde se observan restos.

Un tercer camino, tomando la dirección N. S., enlazaría Lugo con Chaves, comprendiendo el tramo de Chaves a Verín, cuya pertenencia a la vía del N. O. es rechazada. Esto en Chaves.

Por Braganza señala el paso de dos ramificaciones de la calzada Bracara-Asturicam. Una desde Chaves a Roboretum, donde se ramificaría, encaminándose el nuevo a Palencia o Simancas. Otra se dirigiría desde Astorga al campo minero de Jales, abandonando aquélla en Compleutica.

Queda admitida, pues, la existencia de cinco vías en esta región de Chaves a Braganza.

Sigue a continuación el estudio detallado de cada una de éstas.

Señala en la vía Bracara-Asturicam, en el primer tramo Bracara-Aguas Flaviae, la presencia, a partir del castro de Codeçoso, de dos ramales que conflúan en Chaves, identificando el del N. con el citado por el itinerario de Antonino. Desde Chaves, por Puebla de Sanabria a Astorga. Este tramo no ha sido considerado por los autores antiguos, que llevan el camino por la calzada de San Lourenzo, Vilarandelo, Poçacos, Valthelas, Ponte da Pedra.

La vía Chaves-Palencia la lleva Lerenio por Gastei, Castro de Avelas, Guimondo y Babe, lugares incluidos por Hübner en la citada más arriba.

La calzada Iria Flavia-Durium ofrece dos posibilidades: una primera por las intermediaciones de Santa Cruz, Soutelinho, Vilar de Perdizes y Ciada, que algunos consideraban ramal N. de la Bracara-Asturica. La segunda posibilidad sería, dejando al S. Codos de Larouca, la dirección hacia Salientibus u otro punto de la que se encaminaba a Iria Flavia. Presenta aquí la novedad de descartar, como ya se ha di-

cho, el paso por Verín, que incluye en el trayecto Lucus Augusti-Durium.

Una vez hecho este estudio de los trazados dedica un apartado a la consideración del miliario del puente de Chaves, llamado "Padrao dos Povos".

Termina con otro dedicado a los restantes miliarios de esta zona.

Para mayor claridad acompañan al estudio una serie de cuadros y gráficos de gran utilidad. El primer cuadro presenta las mansiones de la vía Braga-Astorga, con indicación de las millas y su equivalente en kilómetros, tanto de las distancias parciales como acumuladas.

Un segundo cuadro nos da la clasificación de miliarios por emperadores, indicando por un lado el número de los correspondientes a cada emperador y su distribución en las distintas vías, y por otro, el total de los miliarios de cada una de las vías, incluidos los anepígrafos y desconocidos. Y por fin, el total de los miliarios de la zona.

Sigue un conjunto de ocho cuadros, en los que cita, dentro de las correspondientes vías, el lugar de descubrimiento: emperador, era, punto de origen de las millas y situación actual de cada uno de los miliarios.

La adjudicación varía respecto de la de Hübner, de acuerdo con el nuevo esquema viario.

Muy útiles son también los gráficos finales, que presentan el trazado de cada una de las vías, con sus mansiones.

En la bibliografía se observa la ausencia de autores como Saavedra, con su discurso de Ingreso en la Real Academia de la Historia; Blázquez, con su estudio de la longitud de la milla romana; Monteagudo, con su carta de Galicia romana, y algún otro.

Quizá hubiera proporcionado valiosa ayuda para la atribución de los cipos a las distintas vías e incluso hubiera ofrecido alguna modificación la consideración de redacción, abreviaturas, etc., que no se ha tenido en cuenta.

El estudio es de interés para el conocimiento de las calzadas romanas en esta región.—MARIA DULCE ESTEFANIA.

PONS, José: *Líneas dermopapilares en un caso de pulgar bifido*. Trabajos del Instituto "Bernardino de Sahagún", de Antropología y Etnología del C. S. I. C. Vol. XV, número 1, págs. 41-43. Barcelona, 1956.

En este trabajo el autor analiza las impresiones dactilares y palmares de un individuo cuyo dedo pulgar presenta una bifurcación de la falange terminal. La muestra dactilar es una presilla cubital con un trirradio accesorio en la parte distal, el cual marca una cierta delimitación entre los dos componentes óseos.—M. FUSTÉ.

JORDA CERDA, F.: *Las Murias de Beloño. Una villa romana en Asturias*. Servicio de Investigaciones Arqueológicas de la Diputación de Asturias. N.º 2. Oviedo, 1957. 60 pp., con 9 figs., más IV planos y XII láminas.

Villa interesante esa de Beloño, no sólo por su posición cantábrica, sino por su estructura, en realidad distinta de los tipos que predominan en la Península. Tres grupos principales de construcciones se individualizan como "villa rústica" (Sector A), "villa urbana" (Sector B), "termas" (Sector C), etc. Las construcciones del sector "A" forman una seudo nave única, para la que los paralelos más próximos los busca el autor en la villa de Chedworth (Inglaterra), aunque en nuestro caso representen unas construcciones muchísimo más pobres. Las del grupo "B", aunque muy destruidas, parecen responder a una villa en galería, del tipo normal en Galia, Britania o Germania, con la particularidad de que las construcciones para baños se despegan del edificio y aparecen exentas (tratadas además con un notable arcaísmo, que substituye los arcos normales por falsos arcos). Los magníficos planos que se acompañan constituyen el mejor comentario.

Los hallazgos mobiliarios, prácticamente inexistentes, indican un abandono de la vivienda, sin sugerir destrucción. La presencia de enterramientos del s. V d. C., en su primera mitad (la cerámica de una sepultura parece indicarlo), marca la época de ese abandono. Restos pequeños de estucos

indican un gusto tosco y provinciano, con plenitud de lo geométrico sencillo; la escasa cerámica sigillata presupone la construcción de la villa en la primera mitad del siglo II, con reparaciones dentro de la misma centuria. El nombre de Murias de Beloño es interesante. "Murias" significa dialectalmente restos de paredes, muros. Para Beloño sugiere el autor un antiguo *Belonius*, como poseedor del "fundus"; es decir, un personaje de clara raigambre peninsular, documentada en la onomástica hispana.—J. M. de M.

NAVASCUES Y DE JUAN, J. M.ª de: *Manuscritos latinos en barro, del Museo Arqueológico Nacional*. Discurso leído por el Excmo. Sr. D. Joaquín M.ª de Navascués, de la Real Academia de la Historia, en su representación corporativa en la Junta Pública del Instituto de España, de 23 de abril de 1956, conmemorativa de la Fiesta Nacional del Libro Español. Madrid, Imprenta Góngora, 1956. (Editado por el Instituto de España, en cuarto mayor, 24 páginas, más 9 figuras.)

En ocasión de la Fiesta Nacional del Libro Español, el día 23 de abril último, el excelentísimo señor don Joaquín M.ª de Navascués y de Juan, Inspector general de Museos y Director del Arqueológico Nacional, pronunció en el Instituto de España un interesante y erudito discurso-estudio sobre los manuscritos latinos en barro, españoles, aunque pertenecientes a la cultura romana, y que se conservan en el Museo Arqueológico Nacional.

Como expone su autor, estos testimonios, escritos a mano, en cursiva, sobre el barro fresco aún, constituyen los documentos manuscritos más antiguos que poseemos en nuestra Patria. Los que guarda el Museo Arqueológico Nacional son cuatro y proceden de *Itálica*, Aceuchal, Villafranca de los Barros y Alcalá de Henares, pero aún se conservan algunos más, hallados en la Península, cuya publicación promete el doctor Navascués en ulterior estudio. En el que nos ocupa analiza el profesor Navascués la paleografía del texto que en cada uno de los ejemplares aparece escrito y que transcribimos a continuación. En el

ladrillo de *Itálica* (Sevilla) se escribieron en tres renglones los dos primeros versos de la Eneida: *arma virumque cano Troiae qui / primus ab oris Italiam fato profugus / Lavinaque v(enit)*... En el ladrillo del Aceuchal (Badajoz), se consignó en cuatro renglones el primer verso del libro V de la Eneida: *interea med- / (i)um Enea siam / classe tene- / bat*, todo ello encima del monograma de Cristo, en su forma constantiniana, admitiendo el doctor Navascués, siguiendo el criterio del profesor Mallon, que el verso de la Eneida tendría un valor simbólico y aludiría a la liberación del alma del difunto. La teja de Villafraanca de los Barros (Badajoz), contiene una epístola distribuida en doce renglones horizontales y tres marginales, que dicen: *Maximus Nigriano: / Et hoc fuit providentia / actoris, ut puellam, qui iam / fe- to tollerat, mitteres illam, / at tale labore ut / mancipius dominicus / periret, qui tan magno / labori factus fuerat. / Et hoc Maxima fecit, / Trojiniam filia; et casti- / ga illum quare semni- / closus e.t.. / e- tum tegla / minui fingi, et scindi- / te salaci pilos-*. Por último, la placa de Alcalá de Henares (Madrid), dice en tres renglones *ex offic (ina) an... / ...i. Utere filix (por felix)... / centi*.

Alude igualmente el profesor Navascués a los restantes manuscritos en barro peninsulares, cuyo estudio publicará más adelante y nosotros aguardamos impacientes. Mas, dada la importancia y categoría de los publicados ahora, del M. A. N., a cuyo estudio acompaña el profesor Navascués buen material gráfico, se desprende el interés que ha de despertar en el ambiente intelectual de los estudios clásicos tan meticuloso trabajo.—C. F. CHICARRO.

KÜHN, Herbert: *El arte rupestre en Europa*, traducción puesta al día de F. Jordé Cerdá, prólogo de Luis Pericot. Editorial Seix y Barral, S. A. Barcelona, 1957, 358 pp., con 144 figuras intercaladas y 112 láminas, f. t.

En la línea de la edición de grandes síntesis que se observa claramente en la

producción editorial como tónica de nuestro tiempo, el arte tiene, como era de esperar, la parte del león, y en ella el arte prehistórico halla por primera vez su puesto, que antes le era negado en la evolución de la producción estética de la humanidad. Esta conquista, no cabe duda, es debida más a las mejoras de la técnica de la reproducción que al reconocimiento que se debe al valor estético real del arte prehistórico, que ahora es "productivo" porque se le puede captar y popularizar y antes no. Ello lleva consigo una verdadera carrera editorial para lanzar libros de arte prehistórico, de los que podríamos señalar un par de docenas editados en los últimos años.

Seix y Barral edita ahora el libro bien conocido de Kühn, traduciendo la edición alemana de 1952, de la que dimos reseña a nuestros lectores (cf. ZEPHYRUS V, 1954, 82 ss.). Francisco Jordá y Cerdá lo ha traducido, Luis Pericot lo prologa. La traducción mejora en no pocas cosas el libro original, lima ciertas afirmaciones anecdóticas innecesarias, revisa la bibliografía, añade las inculturas peninsulares e incluso ciertos aspectos de la cronología, modificaciones que el autor ha aceptado como justas después del contacto personal con nuestros investigadores en los últimos años.

De presentación el libro es magnífico y ello debe enorgullecernos. Desde todos los puntos de vista supera editorialmente a la edición alemana y las reproducciones, por ejemplo, son insuperables. Sin embargo, hemos de lamentar profundamente el hecho de que, poseyendo nuestras editoriales, como se demuestra cumplidamente en este libro, elementos técnicos análogos a los del extranjero, se editen traducciones constantemente y de hecho se nieguen a nuestros investigadores, historiadores del arte y arqueólogos, la posibilidad de escribir libros. Ello es mucho más grave en el campo de la prehistoria, en el que existe en España un nutridísimo grupo de investigadores de altura, capaces de retocar provechosamente una producción extranjera, como se demuestra también en este libro. La falta de

colaboración entre el editor y el investigador es lamentable y merece nuestra crítica. ¿Cuál es la causa, es imputable a las editoriales o a los posibles autores? Una respuesta de carácter general es difícil y arriesgada, pero creemos que una buena parte de culpa es de aquéllas. Posiblemente el deseo de rapidez, la competencia en el mercado, etc., sean las excusas aparentes, la realidad es otra, sobre todo la facilidad que supone la traducción en lo relativo a la parte gráfica, limitado a un simple problema de técnica reproductora, mientras que en una obra nueva la ilustración constituye una dificultad, un engorro, que muchas veces se le carga al autor por las buenas, sin la consideración de "trabajo", por lo que, salvo excepciones, por otro lado, importantes, constituye el aspecto más deficiente de nuestra producción original. Que en posibilidad de autores nada tenemos que envidiar es buena prueba la serie de libros "Historia de la Cultura Española", de esa misma editora, alguno de cuyos textos, como el de Julio Caro Baroja, que reseñamos a continuación, posee una calidad que no tiene que envidiar a ningún otro libro de tema análogo editado en Europa en los últimos cinco años, y en el que la ilustración, aunque no por su técnica (salvo el color), no está a la altura del texto.—J. M. de M.

CARO BAROJA, Julio: *España Primitiva y Romana*, en la serie "Historia de la Cultura Española", de la editora Seix y Barral, S. A. Barcelona, 1957. 378 pp, con 397 fotos (8 en color).

Libro singular este de Caro Baroja; pulcro, perfectamente impreso, lujoso en extremo; no queremos motearle de "verdadera joya" por el tópico que supone, pero hemos de reconocer que pocas veces podría decirse con mayor exactitud. Singular, decimos, porque ante un libro lujoso, el iniciado siente instintivamente recelo de que le caiga entre las manos un libro de láminas cuyo texto sea un mero relleno substancial; ello, claro, nos hubiera extra-

ñado de Julio Caro, cuyos libros siempre constituyen un "latigazo", más que simple estímulo, en el campo que aborda. Concentrado y denso de contenido, con finas de original atrevimiento y a la vez fluido de expresión, tan fluido que cuando uno se da cuenta tiene que hacer marcha atrás para recoger la profundidad de la idea que de otro modo se le escapa. Así es que, este "librito", como humorísticamente le llama el autor, constituye, a nuestro juicio, la aportación quizás más original e importante realizada hasta hoy a la interpretación histórica de la España antigua. Es libro indispensable no a todas las bibliotecas, ni siquiera a todos los investigadores, sino a toda persona que se precie de culta; por ello no hacemos hincapié en la posición vanguardista del autor frente a la etapa que analiza, bien conocida de nuestros lectores, a los que Caro Baroja es familiar.

Por otra parte, en el prólogo, de lectura necesaria, la explica y justifica. Preferimos limitarnos a exponer los rasgos más salientes de su contenido, para excitar a su lectura a los que no lo conozcan aún.

Lo que constituye pura prehistoria forma la primera parte, que resigue pertrechado con los datos más recientes de la investigación, pero que no deja de subrayar las limitaciones de nuestro conocimiento, p. e., las ideas y técnicas desconocidas, del paleolítico inferior. Se insiste en el valor de diferenciación, que se inicia en el paleolítico superior y que caracterizará sus etapas finales. El neolítico se salva muy hábilmente y lo que más aplaudimos es cómo por la valoración de la sociedad se penetra en la esfera de las sociedades de mineros, sin detenerse en los graves problemas que representa.

El capítulo IV de esta primera parte, titulado "Los pueblos de la edad de los metales", es un simple esquema, demoledor de dogmatismos, para el público en general, pero que Julio Caro Baroja ha desarrollado ya con mayor amplitud en otros trabajos.

La segunda parte del libro, "Coloniza-

ciones e invasiones”, subraya bien el papel primordial de la colonización y a la vez el aislamiento griego frente al indígena (quizás exagerado) y el valor negativo creado con el establecimiento de la esfera de influencia cartaginesa. Este es un hecho que merecería más amplio comentario. La realidad es que no suele hacerse hincapié, ni aquí siquiera, en el valor “indiferenciado” de las primitivas colonizaciones y contactos. Es posible que ello se vea mejor cuando existan más datos de excavación (pues debe recordarse cómo todas las síntesis se hacen sobre materiales y conocimientos de valor muy igual), pero es un hecho evidente que las colonizaciones griegas y fenicias, en todo el Mediterráneo Occidental, cambian totalmente de estilo y en consecuencia de resultados, cuando los focenses establecen una mentalidad nacionalista a sus empresas, que no existió nunca en los primeros colonizadores, fueran helenos o fenicios, y que provocó inmediatamente la polarización nacionalista semita alrededor de Cartago. El resto de esta segunda parte, distribuida en capítulos enmarcados geográficamente, se estudian los pueblos del Sur, Este, Centro-Oeste y Norte, haciendo hincapié a su estructura político-social y económica en la forma acostumbrada, ya desarrollada en “Los Pueblos de España”.

La tercera parte, la romanización, es la más nueva, pues Caro Baroja aborda aspectos que antes no había tratado, con interpretaciones interesantes, como el de la orientalización de la España romana con la penetración de los cultos orientales y en último extremo del cristianismo, orientación espiritual, que “tiene sus primeras manifestaciones en la prehistoria y que presenta las más conocidas e intensas de la Edad Media”. El proceso de crisis del III al V (Cap. XII), aunque excesivamente breve, es substancioso.

Cierra el libro un epílogo, muy personal, en el que el autor resume con concisión extrema su posición de historiador; como anticipo a nuevos horizontes a estudiar, busca el nacimiento del concepto de hispá-

nico, que halla ya en los escritores latinos peninsulares, desde Marcial por lo menos; subraya la continuidad de lo romano hasta el siglo VII, a la par que descubre el comienzo de reacción, regresión social lo llama, del elemento prerromano, principalmente en el Norte, que se percibe ya en el siglo IV, al enfrentarse el campo con la ciudad. En substancia este brillante epílogo no es nuevo, pero necesita aún de un gran trabajo de análisis, pues de otro modo carece de base. Se acompaña una breve lista bibliográfica de trabajos generales.

Totalmente independientes del texto son las cuatrocientas láminas, magníficamente impresas, aunque a veces su selección resulte un tanto incomprensible y en particular su distribución en los distintos apartados (así, p. e., la lám. 150, n.º 59-61, está fuera de lugar y quizás también las dos anteriores); la ilustración de las colonizaciones peca de una falta de renovación que desmerece del conjunto, con fotos totalmente anacrónicas e inexpressivas, de Ampurias, etc. Creo que empieza a ser hora de amortizar algunos clisés de la Exposición del 29. La ilustración de la parte romana, por el contrario, es magnífica, bien seleccionada y muy nueva, tal como hubiéramos deseado de las restantes secciones.

Al final del libro, unos amplios apéndices de comentarios a las láminas, son útiles y hasta necesarios al lector, pues como hemos indicado láminas y texto son dos unidades totalmente independientes. En conjunto, este nuevo tomo de la “Historia de la Cultura Española, de la editora Seix y Barral, a nuestro juicio supera ampliamente los anteriores tomos publicados. J. M. DE M.

SEMINARS IN ARCHAEOLOGY: 1955, *Organized and edited by Robert Wauchope*. “Memoirs of the American Society for American Archaeology, n.º 11”. *American Antiquity*, Vol. XXII, n.º 2, Part. 2.º Salt Lake City, Utah, 1956, 158 pp.

Con el apoyo económico de la *Carnegie*

Corporation, de Nueva York, en 1955 organizó Robert Wauchope, profesor de la Universidad de Tulane, en el seno de la Society for American Archaeology, unos seminarios de arqueología de gran interés, de cuyas tareas se publican memorias con conclusiones de gran utilidad en el XXII volumen de la *American Antiquity*. El interés primordial del proyecto era el conseguir, mediante la obra colectiva del Seminario, la estrecha colaboración de arqueólogos y etnólogos de todo el país a la teorización de temas generales relativos a procesos de formación y relación entre las culturas, con el doble propósito de conseguir ampliar los horizontes, a menudo restringidos, de ciertos investigadores (aunque no tanto como parece indicarse en los primeros párrafos de esta publicación, por lo menos en lo que concierne a universitarios europeos), y a la vez, aprovechar sus conocimientos y experiencias al servicio de la resolución de unos temas generales.

El planteamiento fué encargado a un comité de amplia representación universitaria americana, integrado por R. Wauchope (de Louisiana), Jesse D. Jennings (Utah), Erik K. Reed (Nueva Méjico), Albert C. Spaulding (Michigán), Gordon R. Willey (Harvard). Este comité eligió los temas y buscó para cada Seminario el personal que creyó más idóneo para su desarrollo, teniendo en cuenta el área interesada y el investigador que se hallara en condiciones de aportar mayor experiencias y conocimientos. Cada Seminario agrupó de este modo investigadores muy alejados entre sí, celebrando sesiones y reuniones en los puntos más diversos, en una medida que a los europeos nos asombra.

Como es natural, por la índole de los participantes, el peso de la arqueología y etnología americana es muy grande y la mayor parte de los ejemplos utilizados son americanos; pero a pesar de ello se observa una constante preocupación para crear bases plenamente universales y en buena parte ello se consigue. Los seminarios realizados fueron cuatro y de cada uno de ellos se

nos ofrece un memorándum completo, con análisis, estructura del tema y conclusiones seguidas de un apéndice bibliográfico. El Seminario funcionó con un director, el núcleo de colaboradores y un compilador independiente en cada caso, encargándose de la tarea de resúmenes, notas, etc., a estudiantes universitarios.

No podemos entrar en el análisis pormenorizado de cada Seminario, pues es nuestra intención sólo llamar la atención de los estudiosos hacia esa publicación, en la que habrán de hallar amplias enseñanzas.

El primer Seminario estuvo dedicado a buscar una "clasificación arqueológica de las situaciones de contacto entre las culturas". A base de numerosos ejemplos se fueron elaborando las premisas para abordar el tema como p. e., la definición de "elemento intrusivo" en una cultura al que aparece en época anterior en otra en la que además tenga precedentes. Estos elementos se clasifican en dos clases, que dominan "site-units"; es el yacimiento o nivel de ocupación en un yacimiento suficientemente uniforme para ser considerado como representante de una cultura, en un lugar y tiempo determinado; "trait-units" es un objeto modificado o transportado por el hombre, un modo técnico o estilístico de una asociación arqueológica característica. Con esta premisa, tal como puede arqueológicamente observarse, se constituyen ocho tipos de contacto entre culturas. La intrusión de una "site-unit" (A) da lugar a cuatro tipos: A1, retención de la cultura original con pocos cambios; A2, fusión con predominio de la cultura básica; A3, fusión con predominio de la cultura intrusiva, y A4, fusión seguida de reactivación de la cultura básica. Frente a la intrusión de un elemento "trait-unit" (B), se producen otras cuatro combinaciones del mismo orden. Los ocho tipos se documentan con ejemplos americanos. Este Seminario fué dirigido por Gordon R. Willey, de Harvard.

El segundo Seminario, dirigido por Emil W. Haurly, de la Universidad de Arizona,

se planteó el temo de la "Aproximación al estudio de la estabilidad cultural", en definitiva al análisis y estudio de la *Tradición* y de los factores que la condicionan, mantienen y limitan.

El tercer Seminario se dedicó al Sudoeste americano, como problema de aislamiento cultural, actuando de co-directores Jesse D. Jennings, de la Universidad de Utah, y Erik K., del National Park Service. La densidad de conocimientos obtenidos por los arqueólogos americanos sobre el S. W., da a las conclusiones de este Seminario un valor singular, a la par que el medio centenar de páginas que se le dedican indica la extraordinaria labor realizada para aunar los diversos puntos de vista. Frente al enunciado del tema el Seminario concluye que no se trata, ni mucho menos, de un caso de aislamiento, sino que el llamado S. W. no es más que un sector hasta cierto punto arbitrario, de un área cultural más extensa. Una serie de conclusiones seriadadas muestran todo el valor que puede alcanzar una aportación colectiva al conocimiento de un área concreta. Se pone de manifiesto, p. e., la gran estabilidad de la población del S. W. durante muchos períodos, a la par que la gran movilidad individual; su desarrollo cultural continuo, con aculturación selectiva; la recepción de elementos concretos de otras áreas, no de complejos enteros; la expansión de la cultura "Pueblo", la intrusión nómada apache, etc. En conjunto las conclusiones muestran bien el estado actual de conocimiento de la cuestión y muestran las lagunas que deberán completarse en el futuro.

El cuarto Seminario, dirigido por Richard K. Beardsley, de la Universidad de Michigan, intenta una clasificación de las culturas que puedan ser utilizadas, con datos arqueológicos o etnológicos indistintamente, que tenga un sentido funcional y de evolución y a la vez histórico y descriptivo. Se parte del supuesto que las culturas arqueológicas son comparables a las culturas vivientes y pueden clasificarse en la misma línea con el uso de ciertas de-

ducciones. Se hace la distinción entre sociedades errantes y nómadas, reservándose este último término sólo para culturas con economía pastoril.

Teniendo en cuenta la base recolectora y agrícola se establecen siete tipos primarios: a) *Sociedades errantes sin limitación*; b) *Con desplazamientos restringidos* (a territorio determinado); c) *Errantes con una base central* (parte del año con una base semi permanente); d) *Sedentarismo semi permanente* (ocupación de locales sucesivos para determinados períodos de tiempo); e) *Con núcleo permanente, con o sin satélites* (a menudo ciudad, mercado o centro religioso); f) *Con núcleo permanente más desarrollado*, simple grado más avanzado que el anterior, con centro administrativo y poblados satélites ocupados por comunidades de tradición homogénea; g) *Integración de comunidades varias con tradiciones diversas* por conquista, etc.

Con base pastoril nómada se reconocen tres tipos secundarios: -a) *Complejo pastoril nómada incipiente*, cuya movilidad está condicionada por las especies de animales aún no domésticos, pero que toleran la presencia humana (difícil de determinar por sus restos arqueológicos); b) *Sociedades de jinetes cazadores* (conocen el caballo, pero no lo explotan económicamente, sino como instrumento de caza), y c) *Pastores nómadas*, con economía ceñida a una determinada especie animal.

Estas tres sociedades, exceptuada la movilidad, tienen muchos puntos de contacto con algunos de los tipos primarios, así los tipos secundarios a, b, c, con los primarios c, d, e.; en los tipos primarios, aunque lógicamente parece marcarse una evolución, no se da siempre y necesariamente, en cada zona; en los tipos secundarios parece que la diferenciación es debida a la adaptación a determinadas situaciones ecológicas.

Como puede verse, los cuatro temas desarrollados en estos seminarios tienen un grandísimo interés. El grado de acuerdo entre los investigadores que tomaron parte en ellos es altamente satisfactorio. Creemos

que la formulación teórica de estos análisis de las culturas constituye una aportación sumamente útil y desde luego necesaria para la total valoración de la cultura humana, por lo que hemos de felicitar a la Carnegie Foundation, por haber hecho posible la realización de estos seminarios, que es de desear puedan renovarse e incluso ampliar sus temarios.—J. M. DE M.

CIMBUTAS, Marija: "The Prehistory of eastern Europe". Part. I. Neolithic, and Copper Age cultures in Russia and the Baltic area. *American School of Prehistoric Research*, Peabody Museum Bull. N.º 20. Cambridge Mass, 1956. 241 pp., con 126 figuras, mas 50 lám. f. t.

No queremos silenciar el gran interés que tiene esta gran síntesis de prehistoria de Europa Oriental, de Marija Gimbutas, que edita la *American School of Prehistoric Research*, con la ayuda de la "Green Fund". La densísima bibliografía publicada en los últimos años, en Rusia, y los países situados bajo su órbita, es en su mayor parte inasequible en España, y cuando se consigue algún trabajo las dificultades de lengua, en buena parte insuperables, impiden aprocharlos debidamente; de ahí el gran interés que tiene una síntesis como esta, en la que se han aprovechado directamente centenares de publicaciones de la Europa Oriental. Esta primera parte, que analiza las culturas de la Europa Oriental (en un sentido muy amplio) está estructurada en densos capítulos independientes, bien ilustrados y con la bibliografía moderna al final de cada uno. La exposición clara y concisa no se limita a una simple relación de los materiales y teoría sobre cada cultura en particular, sino que la autora discute y toma posición en cada caso con gran número de argumentos, que indican un gran conocimiento de la materia y finos análisis que inclinan al convencimiento.

No pretendemos seguir paso a paso el desarrollo de este libro, que equivaldría a

comentar toda la prehistoria de media Europa, lo que hemos hecho en otro lugar, sin tener precisamente un elemento de trabajo tan formidable como esta síntesis. Por otra parte, se trata de un trabajo indispensable a nuestros prehistoriadores. Queremos destacar, sin embargo, la posición ponderada de la autora frente a problemas debatidos, de filiación de determinadas culturas y su actitud, coincidente con nuestros propios puntos de vista, de valorar hasta el más mínimo detalle todos los elementos que intervienen en los "procesos de formación" de las distintas culturas, sin menospreciar el valor decisivo del substrato en cada caso.

La introducción es interesante, pues hace un resumen del estado actual de la investigación arqueológica en esos países, que nos ofrece interesantes datos. Sigue el estudio del marco geográfico actual y pasado, de conocimiento indispensable para comprender muchos fenómenos culturales y finalmente hace un breve resumen de lo que trata el libro ampliamente en los capítulos subsiguientes, que en síntesis es como sigue:

Desde el Paleolítico superior existen en Europa Oriental dos bloques de culturas: una en el área Pónica y otra al Sur y Este del Báltico. La cultura del área Pónica, ligada al Próximo Oriente, pero con fuertes características locales hasta el neolítico, representa una industria homogénea de hojas y hueso, que a través de una serie de yacimientos bien estratificados en Ucrania y Crimea, se observa que se trata de poblaciones que se adaptan gradualmente a los cambios climáticos del final del Cuaternario, a través del mesolítico y hasta una etapa neolítica.

Al norte del área Pónica se aprecia un flujo continuo de elementos en dirección SW-NE. Las primeras culturas del Este del Báltico proceden de las del Sur del Báltico y Centro de Europa. Representan una población de cazadores de renos emparentados con la cultura "hamburguesa". La industria "Swideriense" indica esa misma dirección y toda ese complejo continúa

durante el Post-Glacial (6.800-5.600), existiendo una cultura relativamente uniforme del Sur del Báltico al Sur de Finlandia, de cazadores-pescadores. Hacia el final de ese período cálido y seco las poblaciones alcanzan primeramente la región del Mar Blanco y la Península de Kole. En esencia esta cultura continúa sobre el área de bosque y en particular sobre la zona leustre glacial durante la fase de clima atlántico (5.600-2.200).

En Polonia y más tarde en la Rusia Blanca, aparece una industria de sílex de aspecto tardenoisense, distinta del tardenoisense, del área Póntica. Sobre ese área general aparece la cerámica y las técnicas del pulimento y perforación de la piedra, antes que una cultura "neolítica", propiamente dicha. Los análisis polínicos parecen indicar que la cerámica aparece en Crimea y zona del Mar de Azor, a mediados de la etapa climática atlántica. A esta etapa cultural denomina la autora sub-neolítica, pues no se trata aún de la extensión de formas económicas agrícolas o ganaderas, típicamente neolíticas.

El progreso definitivo llega por irradiación de culturas más adelantadas del Próximo Oriente, primero al Norte del Egeo, Norte y Este de los Cárpatos y Norte del Cáucaso y Mar Negro. Hacia el 3.000 aparece en Rumanía y Ucrania la cultura "Tripolye" enlazada con el Egeo, que llega por el Norte hasta el alto Dniester y Sur del Bug. El comienzo de la nueva economía neolítica en el Bajo Dniéper parece contemporánea al Norte de los Balcanes. Al Norte del Cáucaso varias necrópolis y poblados comprueban pronto el conocimiento de la agricultura y de la domesticación de animales en la primera mitad del tercer milenio. En el último cuarto del mismo alcanzan la región los primeros objetos manufacturados de metal. Hacia el 2.300-2.100 florece la metalurgia del bronce en Maikop.

Fuera del área Póntica, en la Europa Centro-Oriental, al Sur del Báltico hay otra cultura influida por el área danubiana. La cultura del primer período danubiano

se extiende por la región en la primera mitad del tercer milenio. Sin embargo, antes de la mitad de este mismo milenio aparece la primera cultura nórdica, la de los "Funnel Beakers", relativamente uniforme de Jutlandia a Polonia. Su rápido progreso parece ser debido al estímulo danubiano. En el tercer cuarto del tercer milenio, entre el Vístula y el Oder, aparece una nueva cultura emparentada con el danubiano II del Theiss y al Norte de Polonia se desarrollará una variante tardía, danubiana III, en la que sin embargo pervivirán muchos elementos de la primera cultura nórdica.

Entre el 2.000 y el 1.800 hay grandes cambios, producto de mezclas y contactos de grupos culturales distintos. Al Norte del Cáucaso aparece un elemento procedente del SE, que se expande por toda área Póntica: la cultura de los kúrganes de la estepa. Se trata de una cultura que conoce tanto la agricultura como la ganadería, pero que es totalmente distinta de la cultura neolítica anterior de la región. Este pueblo presiona hacia el Oeste hasta más allá del Dnieper y provoca la gradual desaparición de la cultura de Tripolye.

En la Europa Centro Oriental y Sur del Báltico, los antiguos elementos nórdicos y danubianos son reemplazados por la cultura de las "ánforas globulares", de origen discutido, aunque la autora destaca bien que muchos de sus rasgos recuerdan la cultura de la Ucrania Oriental y del Sur Sur de Rusia. Ello sugiere un movimiento de dirección SE-NW, que origina verdaderas emigraciones hacia el Centro de Rusia y Norte del área báltica. En la zona de bosques se mantienen en contacto grupos culturales del ánfora globular y de la cultura de las estepas.

La expansión de la economía de producción hacia la zona de bosques influye poderosamente sobre la cultura de pescadores-cazadores, que continuaba allí desde los tiempos climáticos boreales. La cultura indígena se amalgama con la de los emigrantes meridionales. El grupo de pescadores-cazadores de Rusia Central, con rasgos

mongoloides y cerámicas típicas, se desplaza en dirección al Noroeste de Rusia, mientras en el Extremo Norte de Rusia y del Báltico la cultura de pescadores-cazadores continúa floreciendo hasta el fin del segundo milenio y entra en la Edad del Bronce.

Los movimientos de pueblos durante el neolítico final y el calcolítico, cambian el panorama de la prehistoria de la región y la mezcla de elementos indígenas del Centro y Norte con los emigrantes del Este, provoca la formación de nuevos grupos culturales. Los cambios de cultura paralelos en el Próximo Oriente, Anatolia y el Egeo, al comienzo del segundo milenio, hacen presumir que la formalización de la

cultura europea del Centro y del Este se halle en relación con la infiltración y diferenciación de las lenguas indoeuropeas.

Este es, en breve, el panorama que la autora nos ofrece en la introducción; luego, en densos capítulos se analizan, explican y justifican esos extremos.

Como puede verse, el interés de esta síntesis es muy grande y fundamental para el conocimiento de la prehistoria europea. Su lectura es fácil y la buena ilustración permite seguir, con abundancia de croquis y mapas, el proceso que se describe. Felicitamos vivamente a la autora y esperamos impaciente la segunda parte, en la que completará esa importantísima visión de la prehistoria este-europea.—J. M. DE M.